

BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
SERIE
SERVICIO SECRETO

YO, EL ASESINO

KEITH LUGER



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

YO, EL ASESINO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.197

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 21.156-1973
ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: julio, 1973

© KEITH LUGER -1957

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

La había visto por el rabillo del ojo y aparté la mirada del diario que yo sostenía entre las manos.

Sus ojos verdes se fijaron en los míos. Había en su rostro cierto aire socarrón.

—Y bien, eficiente muchacha... —le dije quedándome en suspenso.

—Ahí fuera le espera su amigo —contestó.

Sabía a quién se refería y el corazón me dio un vuelco a pesar de que esperaba su visita. De todas formas, repuse:

—No sé a quién se refiere, Susan.

Pareció estudiarme durante unos segundos. Hacía cuatro años que trabajábamos juntos y cuando la vi el primer día, al entrar en la oficina, me dije que hasta sería capaz de casarme con ella. Tenía un cuerpo esbelto, era hermosa, y a todo eso añadía una gran dosis de sentido común, algo poco frecuente en las mujeres, al menos en la mayoría con las que he tenido que tratar a lo largo de mi vida. Pero tuve miedo al matrimonio y, después de Haberla invitado tres o cuatro veces a cenar, me decidí por el celibato.

En un principio, Susan pareció resentida, pero luego, poco a poco, se fue aplacando y todo entre nosotros siguió discurriendo por cauces primordialmente comerciales como debe ser, siendo que trabajamos para la misma empresa.

—Es el señor Danley. —Me anunció.

Sentí correr un escalofrío por la espina dorsal, pero lo que hice fue sonreír mientras murmuraba:

—Gracias, Susan. Hágalo pasar.

Dio media vuelta y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Al cabo de unos instantes golpearon en ésta y yo di permiso para que entraran.

Ted Danley entró en la habitación colgándole de una de las

comisuras de los labios su eterna colilla de cigarro. Era de estatura menos que regular y siempre llevaba su sombrero de fieltro echado hacia atrás, mostrando un mechón de pelo rubio sobre la frente. Se cubría con una gabardina a la última moda, que casi no le llegaba a las rodillas. Cerró y avanzó hacia mi mesa.

—¡Hola, Scott! —Me escupió más que dijo a guisa de saludo.

Sus ojos, fríos como el acero, se clavaron en los míos.

—¿Cómo te va, Ted? —inquirí, haciendo gemir mi silla giratoria.

Hubo un largo silencio. Se sentó en el bordé de la mesa y haciendo un verdadero esfuerzo, se quitó el cigarro de la boca. Luego, con los ojos fijos en la punta de ceniza, dijo:

—Sam quiere cobrar.

Me quedé inmóvil, sentado en el sillón, como si estuviera atado a él.

—Eso es justo —dije—, pero él ya sabe que me tiene bien cogido. No soy de los tipos que ahuecan el ala.

—Claro que no, Scott. —Me contestó todavía sin mirarme—. Tú no eres de esa calaña.

—Sam me conoce desde hace mucho tiempo —reafirmé.

Entonces fue cuando desvió su mirada hacía mi rostro y dijo:

—Pero el caso es que Sam necesita tu dinero, Scott. —Hizo una pausa y añadió—: Las cosas son así. Sam te aprecia y ya sabes que él es un tipo de mucha correa. Cuando puede hacer un favor a un amigo, lo hace.

—No me niego a pagarle —repuse con voz opaca—. Dentro de una semana terminará el mes y le podré largar un centenar de dólares.

Hubo otro silencio. Ted echó mano a la cartera y extrajo de ella un papel.

—Según dice aquí, le debes mil seiscientos, Scott. ¿Es así?

—No he hecho la cuenta, pero debe ser eso. Sam puede descansar. Liquidaré la deuda.

Ted soltó una risita.

—¿A razón de cien mensuales? —se contestó él mismo—. Serían dieciséis meses; demasiado tiempo, Scott. Sam no puede esperar tanto.

—Está bien. Puedo hacer un esfuerzo. Le pagaré a razón de

ciento cincuenta.

Ted negó con la cabeza.

—No, muchacho. Ese aumento de cincuenta dólares por mes no resuelve nada. Sam necesita todo el dinero para el sábado próximo.

—¿Por qué?

—No es cuenta mía, Scott. El caso es que él me llamó esta mañana y me dijo te visitase. Sam quiere su dinero para el sábado. El que tú le debes. Y eso es todo. La actitud de aquel cuervo me exasperó, pero nada adelantaría demostrándoselo y le dije:

—Vives un poco retrasado, Ted. Sam es mi amigo. Ahora mismo le llamaré y todo quedará arreglado.

Ted se encogió de hombros dando a entender que le tenía sin cuidado lo que yo pudiese hacer al respecto. Descolgué el teléfono y marqué el número de Sam. Al poco tiempo una voz al otro lado de la línea me preguntó que quién llamaba. Le dije que era Scott Darrow y que necesitaba hablar con Sam Kelly. Hube de esperar unos instantes antes de que el propio Sam se pusiese al aparato.

—¿Qué tal, Scott? —preguntó.

—Hola, Sam —le dije—. En estos momentos tengo frente a mí, en mi despacho, al bueno de Ted. Sólo pasa que ha querido embromarme diciéndome que debía pagarte de aquí al sábado.

Sam me soltó una cosquilleante risita.

—Lo siento viejo —repuso—, pero no es ninguna broma. Me encuentro en un apuro, ¿sabes? Necesito todo el metálico que pueda reunir. Cosas del oficio. He dicho a mis hombres que cancelen mis cuentas. Tú te puedes hacer cargo. Ya nos veremos, Scott.

Sam colgó y yo lo hice un poco más tarde, perplejo, abatido.

—No te lo he querido quitar de la cabeza —dijo entonces Ted—, pero sabía que no adelantarías nada.

—El caso es que no puedo liquidar la deuda.

Ted hizo un movimiento, abarcando con la mano la habitación.

—¿Con este despacho, amigo? —murmuró—. Sólo tienes que cruzar el pasillo y largarte a la oficina del jefe. Pídele un adelanto y todo quedará arreglado. No necesitas, siquiera, esperar al sábado. Así dormirás esta noche tranquilo.

—No puede ser, Ted —dije.

—¿Por qué no?

—En los últimos seis meses me ha largado dos mil dólares como

anticipo. La última vez tuve una agarrada. Estuvieron a punto de despedirme, pero logré amainar el temporal.

—Inténtalo de nuevo. Eres un tipo de recursos.

—No.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Eres un buen muchacho, Scott —dijo con voz apenas audible—. No hagas ninguna tontería.

Le miré fijamente y leí en su cara el significado de aquellas palabras. Sam y su gente eran así. Lo cobraban todo.

—¿Por qué no hablas con Sam, Ted? —le dije como último recurso—. Estoy en un condenado embrollo. Puede probar con otro. Él sabe que mi dinero lo tiene seguro.

—Lo necesita todo, ¿entiendes, Scott? ¡Tú parte también!

Hubo un silencio y luego, bajando de la mesa, se arregló la chaqueta y dijo:

—Tómatelo en serio muchacho. Paga y descansarás. Recuérdalo, tienes tiempo hasta el sábado. Exactamente hasta las doce de la noche. Ni un minuto más.

Iba a decirle algo, pero se volvió y, con paso lento, se dirigió hacia la puerta, abrió ésta y salió cerrando tras de sí.

Permanecí un rato mirando la puerta cerrada.

Sam Kelly me había puesto entre la vida y la muerte. En ciertas circunstancias una deuda de mil seiscientos dólares apenas significaba nada. Son fáciles de conseguir. Pero en aquel instante, tenía el presentimiento de que me sería casi imposible lograrlos. De todas formas, tenía que hacer algo por intentarlo. Conocía bien a Sam Kelly, a Ted Danley y a todos los demás de la pandilla. Si yo no pagaba en el plazo que me habían concedido, lo iba a pasar mal.

Existían precedentes que no dejaban lugar a duda. Henry Davis se había negado a pagar, en el año cincuenta y dos, una deuda a Sam Kelly y cierto día lo recogieron moribundo en la calle después de ser atropellado por un camión que se dio a la fuga. Davis se salvó pero ahora va por ahí, pidiendo dinero a los amigos, tras haber sido una de las más firmes esperanzas del *rugby* nacional. Ted Berllini tampoco quiso pagar dos mil quinientos dólares a Sam Kelly y ahora está en un asilo de ciegos. Un desconocido le arrojó vitriolo a la cara una noche de invierno, cuando regresaba a su casa.

No, a Sam Kelly nunca le podían probar nada. Es demasiado

astuto y sabe valerse bien de sus hombres para llevar a cabo sus venganzas.

¿Qué procedimiento iba a utilizar conmigo? ¿Vitriolo? ¿El accidente de tráfico? Quizá pusiese en práctica algún nuevo método.

Pero no, era preferible pagar a correr aquel riesgo.

Bill Haynes me sacaría del apuro. Otras veces lo había hecho. Fuimos compañeros de la Universidad de Columbia y él era millonario. Le contaría una historia y tendría los mil seiscientos dólares. En otra ocasión me había dejado dos mil. Nunca tuve oportunidad de devolvérselos, pero Bill no tendría en cuenta una cosa así. Siempre sintió por mi gran estima.

Busqué su número en el listín y le llamé. Una voz grave me contestó al otro lado del hilo:

—Casa del señor Davis. ¿Quién llama?

—Soy Scott Darrow. ¿Quiere hacer el favor de avisar a Bill?

La voz carraspeó y repuso:

—Lo siento, pero el señor Davis se encuentra en Europa.

Sentí un vacío en el estómago, y tras una larga pausa, preguntó:

—¿Cuándo volverá?

—Probablemente, dentro de unas tres semanas, señor.

Di las gracias en un susurro y colgué.

Busqué mi paquete de cigarrillos. Sólo me quedaba uno. Me lo llevé a los labios y lo encendí. Aquello se estaba poniendo difícil.

Llamaron a la puerta y di permiso para entrar. Era de nuevo Susan, Observó mi rostro y yo traté de borrar de él cualquier huella de preocupación.

—¿Qué es esta vez? —pregunté.

—El señor Singer desea que vaya usted a su despacho. Ahora mismo.

Hice un movimiento aprobatorio y me levanté de la silla. Pasé junto a Susan y me detuve. Cuando yo entré a trabajar en aquella empresa, le dije que formábamos una gran pareja y era cierto. Susan es muy alta, mide uno sesenta y nueve, pero yo estoy por el uno noventa. Ella es fuerte y da siempre una sensación de salud y energía. La miré a sus ojos verdes, y por un instante, no sé por qué, pasaron por mi imaginación las escenas de aquel tiempo en que salimos juntos. Me llamaba grandote, feo y otras lindezas cariñosas.

Sé mejor que nadie que mi cara no es fotogénica. Mi frente es demasiado ancha, mi nariz un poco achatada y mi boca demasiado corta. Por ello fue más interesante para mí que ella se enamorase. Susan es de esa clase de mujeres con las que uno desea encontrarse a solas en una isla desierta.

—¿Alguna cosa más, señor Darrow? —dijo, dando por terminado mi examen.

—Nada, gracias.

¿Por qué iba a remover un asunto que ya estaba muerto? Di media vuelta y me dirigí por el pasillo al despacho de Danny Singer.

Estaba escrito su nombre en una puerta de cristal esmerilado y debajo había un subtítulo en el que se leía:

«Jefe de producción de la Harrison Insurance
Company»

Entré sin llamar y Singer levantó su cabeza calva y me mostró su rostro ancho, de ojos mongólicos y boca de batracio.

—¿Cómo te va, Scott? Anda, siéntate.

Singer es un tipo raro. Tan pronto me tutea como me habla de usted.

Me senté frente a él, mesa por medio, después de hacerle un saludo con la mano. Él consultó unos papeles que tenía delante, y luego dijo:

—¿Qué te ocurrió el mes pasado, Scott? Hiciste una sola póliza en cuatro semanas.

Iba a responder, pero no me dejó. Se puso en pie y prosiguió hablando:

—Tú eres Scott Darrow —dijo como si yo necesitase convencerme de ello—. Y sabes por qué te traje aquí desde Chicago. Me gustaron tus modales y tu capacidad. Palabra que eras el mejor agente de seguros que había conocido en mi vida. Los viejos se opusieron por aquello de seguir la tradición, pero yo les demostré que estaban equivocados. Tú respondiste a mis esperanzas. Hiciste una gran producción en el primer año. Te mantuviste en el segundo y en el tercero. Pero observa el último índice. Empezaste a languidecer en junio y hasta ahora no has dejado de bajar más y más, hasta llegar al último mes: una sola póliza.

Yo oía las palabras de Singer como se escucha el repiqueteo de

la lluvia en los cristales de la ventana mientras uno está acostado en la cama, bien arrebujaado, fumando el último cigarrillo de la noche. Mi mente trabajaba en otra cosa. Con aquellas palabras, Singer, sin darse cuenta, me cerraba el camino para pedirle un anticipo. Era mi última esperanza, o por lo menos, yo lo creía así en aquel momento. Me había dejado fuera de combate antes de que yo tuviera ocasión de iniciar la lucha. Eso había sido. Un golpe en frío. Y allí estaba yo, helado, en la silla, pensando en Sam Kelly, en su vitriolo, en sus camiones de doce toneladas.

Singer seguía hablando:

—Ya sé que nuestra profesión es muy ingrata Scott, y que está sometida a estos altibajos en la producción. Pero debes sobreponerte. Quiero seguir ignorando, por ahora, las causas que motivan ese descenso en tu trabajo. —Sonrió mostrando sus dientes separados—. Porque sé que sigues valiendo tanto como cuando yo te contraté.

Me levanté.

—Gracias, Singer —le dije—. Esté seguro de que dentro de algún tiempo, volveré a la época de las felicitaciones.

Me volví para marcharme, pero entonces dijo:

—Un momento, Scott.

Me volví y lo vi que consultaba una carpeta de las que tenía delante, sobre la mesa.

—Se trata de Kid Ullman. Ha llamado esta mañana preguntando por ti. Supongo que te acuerdas, es aquel boxeador.

—Me acuerdo.

—Se retrasó otra vez en el pago del recibo y quiere que se lo lleves tú. —Me alargó el recibo, mientras explicaba—: Haz caso omiso del domicilio impreso. Es el que está escrito a lápiz. Yo mismo lo tomé.

En aquel instante sonó el timbre dando por terminada la jornada del día.

Susan debía de estar preparándose para salir. Jamás en ningún momento desde que llegué a Nueva York, había necesitado tanto su compañía. ¿Y si la invitase a ir conmigo a aquel bar de la calle Cincuenta y Dos?

—Es raro lo de tu amigo. —Oí decir a Singer.

—¿Qué hay de raro?

—Tuvo la póliza liberada durante cuatro años por no poder pagar las primas, y de pronto, hace cuatro meses, abonó quince mil dólares que debía y la puso al corriente. Además, hizo efectivos los mil trescientos dólares del tercer trimestre del año cincuenta y seis. Fueron, en total, dieciséis mil trescientos dólares. ¿No te parece una buena cantidad?

Cuando ocurrieron los hechos a que se refería Singer, yo estaba viajando por los Estados adyacentes al de Nueva York. No intervine en aquella rehabilitación y cuando a mi llegada Singer me comunicó la novedad, pensé hacer una visita a Kid Ullman, pero lo había ido demorando y ésta era la fecha en que todavía no lo había hecho.

Kid Ullman era un boxeador retirado. Los que de ustedes sean aficionados le recordarán. Militó en la categoría de los pesos pesados por la década del treinta. Tenía unos buenos puños que le pusieron en el camino ascendente. Los críticos le consideraron como el más firme rival del campeonísimo Joe Louis. Pero todas las esperanzas cayeron por tierra cuando Jimmy *el Marino* quebró en tres pedazos la mandíbula de Kid una noche en el Madison Square Garden.

De todas formas, Kid había ahorrado algún dinero y se quedó con una estación de servicio en las afueras de Nueva York. El negocio le dio bastante dinero. Todos los hombres que tenían que ver algo con el pugilismo se hicieron clientes de Kid Ullman porque éste todavía estaba rodeado por una aureola de fama. Su póliza fue una de las primeras que hice a mi llegada a la ciudad de los rascacielos. Un crítico de boxeo me lo presentó. Me costó un par de semanas convencerle, y al final, Kid contrató una póliza por valor de cien mil dólares. Cogí un buen pellizco, y además de eso, los jefes me felicitaron efusivamente. Pero poco más tarde, tres o cuatro meses después de contratar la póliza, Kid Ullman dejó de pagar la prima. Fui a verle. Me dijo que el negocio iba mal desde hacía tiempo y que pensaba cambiarlo. Le dije que su póliza había quedado liberada y que, por lo tanto, si a él le ocurría algo, su beneficiario que era su mujer, no podría cobrar los cien mil dólares.

Él dio largas al asunto diciendo que en cuanto recibiese el dinero por la venta de la estación de servicio lo pondría todo en orden. Al cabo de unas cuantas semanas volví a pasar por su

negocio, pero ya éste no le pertenecía. Había allí otro hombre que me dijo que había pagado siete mil quinientos dólares a Kid Ullman por la estación. Desconocía por completo el paradero de Kid. Acudí a mi amigo el crítico deportivo y a los lugares donde se reunían pugilistas, managers y entrenadores, pero nadie me supo dar razón de Kid.

Así habían pasado tres años hasta que, a la vuelta de mi viaje, tres meses antes, Singer me comunicó que la póliza había sido puesta al corriente.

La nueva dirección de Ullman era Calle Sesenta y Cinco, Oeste, número trescientos treinta y dos. Bien, quizá fuese un poco de trabajo lo que yo necesitaba para distraerme.

Singer seguía esperando mi opinión respecto de aquel pago de dieciséis mil trescientos dólares y yo dije:

—No sé nada, pero trataré de informarme de todo ello.

Emitió un gruñido y yo me despedí, saliendo de su despacho. Pasé por el de Susan y me detuve. Abrí la puerta, pero ella se había ido ya.

Recogí mi sombrero de fieltro y mi gabardina y bajé en el ascensor.

Hacía una noche muy fría y era casi seguro que a la mañana siguiente Nueva York amanecería nevado. Di la vuelta a la manzana y me dirigí al lugar de aparcamiento donde tenía mí «Chevrolet». Invertí más de media hora en lograr pasar por entre el tráfico hasta llegar a la calle Sesenta y Cinco. El trescientos treinta y dos era un edificio construido por la década del veinte, poco antes de la depresión. La puerta estaba cerrada a aquellas horas, pero a un lado de ella había una serie de timbres. Debajo de cada uno había una tarjeta, pero el nombre de Kid Ullman no aparecía en ninguno de ellos.

Saqué el recibo sin cobrar, y a la luz de mi encendedor, consulté de nuevo la dirección escrita a lápiz por Singer. Allí decía claramente trescientos treinta y dos.

Decidí probar suerte y llamé al cuarto timbre, al perteneciente a un tal Pouropópulos. Sólo tuve que esperar unos segundos y la puerta fue abierta.

Ascendí por una estrecha escalera. En la segunda planta, un hombre me estaba esperando junto a una puerta abierta. Era obeso,

de cara sonrosada y quijadas grasosas. Me midió de pies a cabeza y preguntó sucesivamente:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Me toqué el ala del sombrero.

—Buenas tardes, caballero —repuse—. Mi nombre es O'Reagan, de la compañía de ventas a plazos El Hogar. Hace unos días nos visitó un cliente que deseaba adquirir una cocina eléctrica. El caso es que demoró la operación hasta que diésemos un vistazo a su apartamento. Tenía mucha prisa y sólo nos dio su dirección, Calle Sesenta y Cinco, número trescientos treinta y dos. —Sonreí y dije—. Me han cargado a mí el mochuelo.

—¿Cuáles son las señas de su cliente?

—Un metro noventa de estatura y unos ochenta y cinco kilogramos de peso. Nariz aplastada y cara ancha.

—No hace falta que dé más detalles. Sólo hay uno con esas características en esta casa. Es el señor Conolly. Tercera planta, habitación nueve. Me he encontrado algunas veces con él en la escalera. Es un individuo poco sociable.

Esperó a que yo hiciera algún comentario, pero le defraudé. Sólo le di las gracias y seguí mi ascensión.

Una vez estuve en la puerta número nueve, pulsé el timbre, pero no sonó. Indudablemente lo habían desconectado. Entonces golpeé con el puño en la madera. No se oyó ruido durante un buen rato y llamé otra vez.

Me llegó el gemido de un somier y luego unos pies se arrastraron por el piso.

Una voz pastosa preguntó:

—¿Quién está ahí?

No quise gritar muy fuerte, por si acaso el griego estaba todavía abajo.

—Un amigo. Ábrame, señor Ullman.

Hubo una larga pausa.

—Yo no tengo ningún amigo —me repuso desde dentro—. ¡Lárguese!

Aquellas palabras me llenaron de perplejidad.

—Soy Scott Darrow, Ullman.

—¿Quién ha dicho?

Repetí mi nombre. Tras otro silencio, me propuso:

—Meta su credencial por bajo la puerta.

No sabía a qué venía todo aquello, pero le obedecí. Saqué la cartera, cogí el carnet acreditativo de mi profesión y lo empujé con el pie por debajo de la puerta. Al cabo de unos minutos, Ullman descolgó una cadena y abrió. Los ojos del exboxeador me estudiaron el rostro y luego abrió un poco más, diciendo:

—Bese prisa, Darrow, entre.

Me introduje en el apartamento y cerré a mis espaldas pasando otra vez la cadena. *El living estaba hecho una ruina. En el suelo había periódicos, latas de conserva y hasta peladuras de manzana.*

Ullman utilizaba el diván como cama. Sobre él había una almohada, un par de sábanas y una manta. Naturalmente, tenía su cama en el dormitorio, pero le interesaba estar más cerca de la puerta. Me volví hacia él y vi que se guardaba algo en el bolsillo. No necesité preguntar lo que era. Las pistolas abultan demasiado.

CAPÍTULO II

Ullman estaba en mangas de camisa, a pesar de que en el piso no había calefacción. Pero él se había proporcionado la suya. Encima de una mesa había una botella de *whisky* vacía y otra a medio acabar. No debía emplear vasos, pues no había ninguno a la vista.

—¿Qué es lo que te pasa, Kid? —le pregunté.

Me miró con sus ojos azules y los descubrí algo inyectados en sangre. Ello era debido al alcohol y al no dormir. Se pasó una mano por la cara y luego me contestó:

—He querido alejarme del bullicio, Scott. Eso es todo.

No se hallaba muy dispuesto a abrir la boca. Pensé que, después de todo, yo también tenía mis problemas y lo mandé al diablo en mi fuero interno. Había sólo una silla, por casualidad, que no tenía nada sobre su asiento, solamente polvo, y me dejé caer en ella cruzando los brazos.

—El jefe me dijo que habías llamado. Traigo conmigo el recibo.

Se frotó con el dorso de la mano la poblada barba y emitió un gruñido. Luego echó a andar, y sorteando obstáculos, desapareció en la habitación que debía servir de dormitorio. Lo oí trastear y a poco regresó con un manojo de billetes en la mano. Contó mil trescientos y aún le sobraron unos cuantos. Yo entonces saqué el recibo e hicimos la permuta. Conté el dinero y lo hice desaparecer en el bolsillo interior de mi chaqueta.

La vida privada de Kid era asunto suyo, sobre todo si no quería confiarse. Todo aquello olía a sucio y no eran precisamente las latas con restos de comida lo que me inquietaba. Estaba dispuesto a apostar mi mano derecha a que Ullman andaba metido en algún lío. Me apreté la nariz y dirigí una mirada a las botellas.

—¿Quiere un trago? —me invitó.

Negué con la cabeza.

—Al parecer, te han ido bien las cosas, ¿eh, Kid? —le dije—. Dieciséis mil dólares no se consiguen así como así.

Noté que se estremecía.

—Heredé de un hermano —contestó.

Y yo sabía que mentía.

Estaba claro. No quería soltar prenda. De todas formas, mi misión había acabado. Yo le había entregado el recibo a cambio de sus mil trescientos dólares y ahora me tenía que ir, dejándole allí con su revólver, su *whisky* y sus latas de conserva.

Me levanté y fui hacia la puerta.

—Un momento, Scott —me dijo.

Giré y observé su rostro lleno de arrugas, preocupado.

Tenía el miedo incrustado en el tuétano de los huesos. Ahora, inconscientemente, había metido la mano en el bolsillo donde guardaba la pistola y la estaba acariciando. Era su compañera y la quería. Igual que una solterona pone todo su afecto en el gato o en el loro que comparte su soledad, él lo ponía en su pistola.

—¿Qué hay, Kid? —le invité a proseguir.

—Se trata de la póliza.

Se mojó los labios con la lengua y debió encontrarlos muy secos, porque se acercó a la mesa donde estaba la botella, cogió ésta y le atizó un buen trago. Luego, con la botella en la mano, clavó sus ojos en los míos y dijo:

—Quiero cambiar el beneficiario, Scott.

—¿Sí?

—Mi mujer murió en un hospital de San Louis. Tenía cáncer. Fue el mes pasado. La operaron, pero no hubo nada a hacer.

Hablaba con frases cortas, secas, pero no había nada que preguntar y yo no quise comprometerme.

—De acuerdo, Kid. Estás en tu pleno derecho, pero debiste hacerlo antes.

—Me iba a pasar cualquier día por su oficina.

Estaba mintiendo de nuevo. Él no sería capaz de asomar la nariz a la calle. Ni siquiera se había atrevido a alquilar aquel apartamento con su verdadero nombre.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

Le tiré un anzuelo.

—Pásate mañana por mi despacho y lo arreglaremos todo.

Kid movió la testa.

—Tengo mucho que hacer, Scott —contestó, dando un manotazo a la carnada—. ¿No hay otra forma?

—Sí, claro que sí. Con una carta bastará. Lo único que tienes que decir es el nombre del nuevo beneficiario. Los muchachos de la oficina harán un suplemento a la póliza.

—Eso es estupendo —dijo.

—Lo hacemos así de fácil en beneficio del cliente.

Hubo una larga pausa, y al fin, tras un fuerte carraspeo, dijo:

—Quisiera pedirle un favor, Scott.

—Los amigos estamos para ayudarnos.

Dio unos pasos por el poco espacio que quedaba libre y se frotó el cogote. Cuando se enfrentó de nuevo conmigo, se mordió el labio inferior.

—¿Quiere figurar usted como beneficiario, Scott?

Me dejó de una pieza. Era lo que menos me podía imaginar. Di media vuelta y empecé a andar hacia la puerta. Puse la mano en el pomo y antes de abrir volví la cabeza.

—Volveré cuando estés más sereno, Kid.

—¿Por qué no espera a oír el resto? —Me retrucó.

—No me digas que vas a pegarte un tiro después de haberme declarado tu beneficiario y que sólo pretendes dejarme cien mil dólares porque te soy simpático.

Sonrió por primera vez desde que había llegado a su apartamento.

—Comprendo que lo tome así, Scott. Usted sabe que yo no tengo mucha cultura. Por eso soy torpe y no enfoco bien los asuntos. —Hizo una pausa y prosiguió—: En realidad, usted no va a ser el beneficiario, si a mí se me ocurre morirme. Sólo quiero que cobre ese dinero y se lo entregue a otra persona. Alguien me aconsejó acerca de ello.

Sus palabras se abrieron paso en mi mente.

—¿Qué te traes entre manos, Kid?

—Tengo una hija, Scott. Una muchacha buena y honrada. Fue el resultado de una aventura con cierta joven, cuando yo iba unido al carro del triunfo. Tuvo la niña, y yo luego las desprecié a las dos. La joven madre murió un año después. Sé que fue una canallada, pero ni siquiera pasó por mi cabeza el investigar dónde estaba la

chiquilla. Luego me casé con Helen. Era chica de conjunto en un teatro de Broadway y estaba muy bien de tipo. Pero ocurrió lo de Jimmy *el Marino*, y me di cuenta de que Helen sólo me había querido por lo que era. Empezamos a discutir y un buen día acordamos separarnos. Cada uno tiró por su lado. Ya sabe la historia de la estación de servicio. Le conocí a usted y contraté la póliza de vida. A mi manera, seguía enamorado de Helen y por eso la hice mi beneficiaria. Supe que ella llevaba mala vida, con unos y con otros, y me dije que si yo no me hubiera cruzado en su camino, ella podría haber sido alguien en el mundo del espectáculo. Por eso quise que fuese mi beneficiaria. Era una especie de favor. No le vendrían mal los cien mil dólares si yo moría, y de paso, le servirían para guardar un grato recuerdo de mí. Bien, ahora ya lo sabe todo.

No, no lo sabía todo. Seguía siendo un misterio para mí la forma en que había logrado los dieciséis mil dólares para poner de nuevo en vigencia la póliza tres meses antes. ¿Y aquellos mil trescientos que ahora me había entregado? Era como sacar una cereza de un cesto. Una cosa iba tras otra. ¿Qué hacía allí metido en aquel apartamento, con nombre supuesto y una pistola al alcance de la mano, como si esperase de un momento a otro le visitase la muerte con su guadaña?

Me miré la punta de los zapatos y solté una maldición para mis adentros. Me estaba preocupando por un prójimo cuando precisamente mi vida estaba en juego. ¡Al infierno con todos los Kids Ullman que hubiese en el mundo! Tenía que pagar fuera como fuese mil seiscientos dólares a Sam Kelly antes del sábado.

Decidí terminar cuanto antes.

—¿Quién es la persona que debe recibir el dinero en caso de que mueras? —le pregunté.

—La hija de que le hablé antes. La he localizado. Está aquí, en Nueva York. Fue sacada del asilo en que se encontraba por un matrimonio que no tenía hijos. Se llama Peggy Bartley. Vive en la calle Sesenta y Dos, número doscientos veinticuatro, apartamento dieciocho. Trabaja como dependienta en una librería de la calle Catorce: La Universal.

Saqué un bloc de notas y apunté todos los datos. Cuando hube terminado, levanté la mirada y la deposité en su rostro.

—¿Te das cuenta de lo que haces, Kid?

—Sí.

—Pareces estar muy seguro de que yo voy a cumplir mi palabra.

—Usted cumplirá.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Siempre le tuve por una buena persona.

—Pero por cien mil dólares uno se puede permitir el lujo de dejar de serlo.

Se quedó un rato pensativo y luego repuso con una sonrisa:

—Correré el riesgo.

Permanecemos más de un minuto en silencio.

El destino es así. Kid me brindaba la oportunidad de vivir el resto de mis días sin preocupaciones. Con cien mil dólares un hombre puede hacer muchas cosas. Entre ellas, pasar los inviernos en Miami, tostándose al sol de Florida, y los veranos en la isla de Santa Catalina. Pero, no. Él está seguro de que yo entregaría el dinero a Peggy Bartley, su hija. ¿Tanta estupidez reflejaba mi cara?

—Está bien, Kid. Te haré ese favor si llega, el caso. Escribe la carta a la oficina y allí harán los trámites oportunos.

Nos quedamos un rato mirándonos sin decir nada. Yo esperaba que después de mi rasgo, abriría la espita, pero no fue así. Me tendió la mano, diciendo:

—Gracias, señor Darrow. Ahora estoy más tranquilo.

Cambiamos un apretón y yo salí definitivamente del apartamento. En el corredor me detuve, oyendo cómo pasaba de nuevo la cadena.

Me encogí de hombros, soltando una imprecación y abandoné la casa.

Hice correr el «Chevrolet» por la calle. Ahora era cuando necesitaba echar un trago. Me metí en el primer bar que encontré en mi camino y pedí en el mostrador un *whisky*. Después de haberlo bebido me sentí mejor y pedí otro. Eran las nueve de la noche del veinticuatro de enero, jueves, y el plazo que me había dado Sam Kelly terminaría dos días después, el veintiséis. Yo tenía en aquel momento en la cartera mil trescientos dólares del recibo que me había pagado Kid Ullman y unos ochenta y cinco de mi peculio particular. Tenía que pagar mil seiscientos. Hice trabajar aprisa mi cerebro. Debía salir del apuro como fuese. Lo demás ya se iría arreglando. Si conseguía unos cuantos dólares más, pagaría a Sam.

Naturalmente, al día siguiente, Danny Singer me preguntaría sobre mi cita con Ullman. No podía decirle que éste me había pagado el recibo. Me justificaría diciendo que no había podido ir a verle. Se me había presentado un compromiso. Así todo quedaría claro y demoraría la visita, a efectos de la oficina, por unos días más. El tiempo justo para procurarme los mil trescientos. Pero ¿de dónde iba a sacar ahora lo que me faltaba para completar los mil seiscientos y luego el importe del recibo para dejarlo todo en orden?

Un tipo que no medía más de metro cincuenta entró en el establecimiento dando traspiés. El *barman*, un hombre forzado, le gritó con voz seca:

—¡Largo de aquí, Joe!

El pequeñajo se detuvo vacilando. Tenía una nariz ganchuda y unos ojos saltones, con grandes bolsas en las ojeras.

—¿Qué te pasa, Flemor? ¿Es que mi dinero no es bueno?

—Te conozco demasiado y no estoy dispuesto a que me destroces el local por el importe de un vaso de *whisky*. Cuando quieras emborracharte aquí, tendré que soportarte.

El microbio me miró.

—¿Lo ha oído, míster? —graznó—. No le importaría si hubiese llenado el cuerpo en su repulsiva jaula. Sólo le molesta que haya hecho mi gasto en el bar de Mahonell.

—¡Largo de aquí! —repitió el dueño.

El borracho se mondó el gaznate, lanzó un salivazo en el serrín que había en el suelo, dio media vuelta y salió del local.

Le di las gracias mentalmente. Su ganchuda nariz me había hecho recordar la dirección de un usurero que un cliente me dio cosa de dos meses antes. Fue un tipo a quien hice una póliza, uno de éstos con quienes se tropieza en nuestra profesión a menudo. Hablaba por los codos y al poco rato de conocerle, ya estaba dando detalles de la última rubia que había conquistado. Me había dicho que si alguna vez me encontraba en un apuro, me dirigiese a... Yo había apuntado el nombre y dirección solamente para que viese que lo tomaba con interés. Son cosas del oficio. Así conseguí su póliza. Eché una mano al bolsillo interior de la chaqueta y saqué tres pequeñas agendas. Di un suspiro de alivio. Una de ellas era la del año cincuenta y seis. Empecé apresuradamente a pasar hojas.

Invertí unos diez minutos en llegar al tres de setiembre. Allí estaba. El tipo de la póliza se llamaba Henry de Diego y el usurero Hassold Ranier, calle Cuarenta y Siete, ciento veintisiete, apartamento C. ¡Allí estaba la solución!

Media hora más tarde me encontraba pulsando el timbre del apartamento en que vivía Hassold Ranier. Al cabo de unos instantes de espera, se abrió la hoja y apareció una pelirroja de muy buen ver que se cubría con un batín acolchado verde. Además de un rostro gracioso, ojos enormes y abundantes curvas, poseía desparpajo.

—¿A quién busca? —preguntó.

—A Hassold Ranier.

—¿No sabe que tiene su oficina en la calle Catorce?

—Es un asunto completamente privado.

Entonces me di cuenta de que la joven estaba preparándose para salir. Tenía ganas de divertirse aquella noche y yo era un obstáculo. Sacó la punta de la lengua y tras humedecerse los labios perfilados en carmín, dijo:

—Sea bueno y vaya a verlo mañana a la oficina.

—Lo siento —empecé a decir.

Y en aquel momento, una voz llegó desde dentro, preguntando:

—¿Quién es, Lina?

La pelirroja me miró y yo comprendí que de buena gana me habría dado una dentellada. Aproveché su vacilación para colarme dentro, pasando por su lado. Ella comprendió que había perdido la partida y cerró con fuerza volviéndose hacia mí.

—¿Quién es? —preguntó la misma voz de antes.

—¿Su nombre? —dijo Lina.

—Scott Darrow.

No tuvo necesidad de repetirlo porque en aquel momento apareció un hombre por una puerta interior. Estaba en mangas de camisa y se alisaba con un cepillo el poco cabello que le quedaba.

Hassold Ranier era corpulento, de buena constitución, carirredondo, de ojos pequeños y boca en forma de hocico.

—No lo conozco —dijo con cierta precaución, mirándome de pies a cabeza—. ¿Qué vende?

—Nada.

—Pues ya se está largando —sentenció con brusquedad.

Lina sonrió y se dirigió hacia la puerta para franquearme el

paso. Yo, entonces, dije:

—Me envía un amigo suyo, Ranier: Henry de Diego.

Sobrevino un largo silencio, mientras el usurero me examinaba el rostro con los ojos inquisitorios.

Lina se había puesto una mano en la cadera y estaba esperando a que Hassold repitiese su orden de que me marchase. Pero lo que dijo fue:

—Anda, Lina. Vete a poner un poco más de perfume.

—Ya me he perfumado —contestó ella.

—Pues píntate las uñas, arréglate el pelo o haz gárgaras, si lo prefieres.

Lina combó el pecho y me dirigió una furibunda mirada, pero, finalmente, cruzó el *living* y *desapareció por una puerta. Hassold dejó el cepillo en una silla y se acercó a mí, sonriendo.*

—De modo que le envía de Diego...

—Eso es.

Sacó una pitillera de plata y me ofreció un cigarrillo. Hacía tiempo que no fumaba y acepté la invitación. Cuando hubimos arrojado la primera bocanada de humo, me miró y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—Mil seiscientos dólares.

—Es una buena cantidad —dijo, dejándose caer en un diván tapizado con una tela a listas.

Yo permanecí en silencio.

—¿Qué es lo que ha hecho? —prosiguió él—. ¿Ha limpiado la caja de la que era depositario?

—Soy agente de seguros. Trabajo con la Harrison Insurance Company. Cobré un recibo y coloqué su importe a un caballo. Había recibido un soplo que me ofrecía garantías.

—Lo de siempre —sonrió, enseñando unos dientes bien alienados—. Y resultó un penco.

—Entró sólo el cuarto.

—Está bien. Enséñeme su credencial.

Por lo visto, aquella noche tenía que identificarme en muchos sitios. Eché mano a mi carnet y se lo mostró. Lo estuvo examinando un buen rato y finalmente me lo devolvió.

—Ya sabe que estas cosas resultan un poco caras —dijo.

—¿Cuánto?

—Pongamos que en dos meses me entrega dos mil dólares. Mil cada mes.

Pedía un interés brutal, pero era la única forma de salir de aquel apuro.

—De acuerdo —dije.

—Yo acostumbro a cobrar siempre.

Probablemente echaría mano de los mismos, métodos que Sam Kelly. Era como escapar de un peligro para meterse en otro igual o peor, pero al menos con Ranier tendría un mes por delante para hacer el primer pago. Con media docena de pólizas que hiciese pagaría de todas formas su deuda y yo, en aquel momento, pensaba trabajar de firme.

—No se preocupe —dije—. Yo vendré personalmente a pagarle.

Se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Venga mañana a mi oficina, calle Catorce, a las once y lo arreglaremos.

—¿Me dará mañana el dinero?

—No. Será cuestión de unos tres o cuatro días. Usted tiene que firmar un par de letras y en cuanto mis agentes hagan una investigación respecto a usted, todo irá de primera.

—El caso es que necesito el dinero urgentemente.

Me miró muy serio y dijo:

—Entonces vaya a otro.

Sabía cuál era el truco. El tipo no arriesgaba nada. Yo le firmaba las dos letras y él las presentaba en un Banco donde tenía crédito. A él le cobraban un pequeño porcentaje y le soltaban el dinero. Un negocio redondo. Por eso tenía que esperar tres o cuatro días hasta que el Banco negociase las letras.

—Escuche, Ranier, Paso por todo lo que usted dice. Estoy de acuerdo en esperar tres o cuatro días, pero ahora necesito unos trescientos dólares urgentemente. Creo que es algo asequible. —Le había mentido a medias y añadí—: Tengo que liquidar ese recibo mañana y es lo que me falta para la suma total. Encontré a un amigo que me proporcionó el resto.

Me examinó otro rato y finalmente echó mano a la cartera y sacó trescientos dólares.

El corazón me latió más aprisa mientras me los alargaba.

—No sé lo que será —dijo—. Quizá me esté volviendo

sentimental. ¿Y sabe una cosa? En esta clase de negocio, cuando eso ocurre, lo mejor es retirarse.

Me apresuré a guardar los billetes en el bolsillo.

—¿A las once en su oficina? —le dije.

—Sí, calle Catorce, ciento setenta y dos. Pero no me vuelva nunca más a pedir un anticipo a cuenta. Palabra que a la próxima le despediré con un puntapié en las nalgas.

Estaba a punto de decirle que entonces yo lo desnucaría, pero preferí dejar las cosas como estaban. Después de todo, debía estarle agradecido. Le estreché la mano y en aquel momento apareció de nuevo Lina.

Habría lanzado un silbido de encontrarme a solas con ella. Se había puesto un traje rojo, que la entallaba maravillosamente. Era un auténtico bombón. Aquel condenado Hassold sabía elegirlas bien. Indudablemente su nueva aparición era en mi obsequio. Quería vengarse de algún modo de mí y no encontró otro que el de ponerme los dientes largos.

—¿Han acabado ya sus excelencias? —dijo apoyando una mano en la jamba de la puerta.

Hassold movió su hocico hacia ella y asintió.

—Ya está, preciosa. Nos iremos enseguida.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de salir eché otra mirada a la dama. Prometí que aquello no quedaría así si un día me la encontraba en cualquier sitio y ella pareció comprender mis pensamientos, pues levantó desafiante la barbilla.

Mientras descendía en el ascensor, me dije que no hay nada en este mundo que no tenga arreglo. Salí a la calle. Seguía sin nevar, pero me encontraba estupendamente. Aspiré profundamente el aire helado y me dirigí a mí «Chevrolet».

Luego hice lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, apenas llegué a la oficina, descolgué el teléfono y pedí comunicación con el despacho 33. Cuando descolgaron a la otra parte, inquirí:

—¿Es usted, Susan? —Recibí una respuesta afirmativa y enseguida añadí—: ¿Quiere pasarse un momento por aquí? Necesito su ayuda.

Al cabo de un rato apareció ella. Se cubría con un traje sastre muy entallado que hacía resaltar sus formas.

—¿Qué desea, señor Darrow? —me preguntó, muy sería.

—Quiero que me consiga todas las fichas de las personas a quienes he visitado sólo una vez y que en su día no les interesó nuestra oferta.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se puso a trabajar en el archivo metálico que ocupaba toda la pared derecha. Yo, mientras tanto, hice como que me ensimismaba en la lectura de algunos documentos que tenía en mi carpeta. Transcurrieron unos quince minutos y Susan regresó junto a la mesa, dejando sobre ella un par de docenas de fichas. Cogí cuatro o cinco de ellas y me puse a examinarlas mientras mi colaboradora volvía al fichero. Creí llegada mi oportunidad y con voz carente de emoción, pregunté:

—¿Puedo invitarla a cenar esta noche, Susan?

Vi que se quedaba inmóvil, y al cabo de unos instantes, contestó:

—No puedo disponer de esta noche, señor Darrow.

Había demasiado protocolo en su respuesta.

—¿Mañana, quizá? —dije.

Noté que inspiraba el aire profundamente.

—También la tengo comprometida.

—¿Pasado mañana?

Se volvió hacia mí, mirándome con sus ojos verdes, y repuso:

—Me temo que no podrá ser, señor Darrow. El chico con quien

salgo es muy celoso.

Arrugué la frente. Así, pues, ése era el gran motivo. Había un tipo que tenía ocupada la plaza. Di un suspiro y dije:

—Lo celebro, Susan. Perdone mi torpeza.

Volví la mirada a la ficha que tenía entre las manos y ella continuó con su trabajo. Me dije que era el mayor de los animales. Habían pasado más de dos años desde que Susan y yo tuvimos aquellos amoríos. No le había vuelto a insinuar nada. ¿Por qué demonios había pensado que ella me estaba esperando? Susan era una chica estupenda y tenía derecho a seguir viviendo su vida.

Su voz interrumpió mis pensamientos. Acababa de dejar sobre la mesa las últimas fichas que le había solicitado.

—¿Desea algo más, señor Darrow?

La miré fijamente. Sí, ella merecía algo mejor que un tipo como yo.

—Nada, Susan, gracias.

Dio media vuelta y se marchó. Sí, la había dejado escapar mucho tiempo antes. De buena gana me hubiera empezado a pegar cabezazos contra la pared, pero se daba el caso de que mi cerebro era lo que me daba de comer y temí dañarlo demasiado. Lo mejor que podía hacer era ensimismarme en el trabajo. Aparté unas cuartillas y empecé a tomar notas, valiéndome de las fichas.

Permanecí en esta labor durante las dos horas siguientes. Sonó el timbre para la hora del almuerzo y me dispuse a salir. En eso llamaron a la puerta y cuando hube dado permiso para entrar, apareció Joe, uno de los botones.

—El señor Singer desea que se pase por su despacho, señor Darrow.

Me dirigí a la oficina de Singer y entré sin llamar. Danny estaba en compañía de un hombre de unos cuarenta años de edad, de estatura regular, frente abombada, nariz recia y boca ancha. Tenía puesto un traje marrón un abrigo del mismo color. Me quedé inmóvil, simulando buscar una excusa por mi irrupción, pero Danny me invitó con la mano a que pasase.

—Entre, Scott, le estábamos esperando.

Me acerqué a ellos y Danny hizo las presentaciones.

—El señor Scott Darrow, uno de nuestros mejores agentes. El teniente Leo Bergerac, de la Brigada de Homicidios.

Estreché la mano que me tendía Bergerac.

En nuestra profesión tenemos que vernos frecuentemente con la policía. Harrison Insurance Company posee una gran cartera de pólizas de vida. Es casi su especialidad.

Danny nos invitó a que nos sentásemos. Bergerac y yo así lo hicimos, en sendos sillones, pero él siguió de pie.

—El teniente Bergerac desea hacerle unas preguntas, Scott —dijo Danny, y en su voz noté cierto temblor.

—Está bien, adelante —asentí yo.

Bergerac hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y sacó un papel del bolsillo.

—¿Conoce usted a Kid Ullman?

La pregunta fue tan inesperada para mí, que casi di un salto, pero logré contenerme...

—Sí, claro que sí.

—Según me acaba de comunicar el señor Singer, usted contrató con el señor Ullman una póliza de vida en nombre de la Harrison Insurance Company.

—Así es.

—¿Es usual que ustedes aseguren a boxeadores?

Esta vez se encargó Singer de contestar.

—Eso es absolutamente excepcional, teniente. Por regla general, los hombres que han practicado el boxeo quedan con alguna tara. De aquí que cuando alguno de ellos intenta contratar una póliza con la Harrison, nuestros módicos reciben orden de hacer un reconocimiento exhaustivo. Refiriéndonos al caso del señor Ullman, he de decirle que él, en su carrera pugilística, apenas había sido tocado. Solamente en su último combate fue cuando recibió algún daño. Si mal no recuerdo, le partieron la mandíbula, ¿no es así, Scott?

—Por tres sitios, exactamente —corroboré.

—Gracias —dijo el teniente y consultó otra vez sus papeles.

Al cabo de un rato levantó la mirada clavándola en mí, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que no ve a miman, señor Barrow?

Tuve la impresión de que se me ahuecaba el estómago. Aquella pregunta tenía dinamita. Miré a Danny con el ceño fruncido. Su rostro era una máscara inexpresiva. Entonces volví los ojos al

teniente, el cual continuaba observándome.

—Lo vi ayer noche —contesté—. Sobre las ocho. El señor Singer me comunicó que Ullman había dejado de pagar la última prima. Yo le pedí el recibo y me dirigí a casa de Ullman con ánimo de cobrarlo. En realidad, Ullman llamó por teléfono pidiendo que yo me pasase por su casa.

Conocía la siguiente pregunta, pero a pesar de ello, cuando la hizo sentí correr un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Cobró su recibo, señor Darrow?

—Sí, —contesté.

Vi por el rabillo del ojo que Singer se miraba las uñas de la mano derecha.

El teniente siguió preguntando:

—¿Cómo dio con Ullman, señor Darrow?

—En el recibo se insertaba una dirección. La había escrito a lápiz el señor Singer. El trescientos treinta y dos de la calle Sesenta y Cinco. Fui allí, pero el nombre de Ullman no aparecía entre los de los vecinos. Pulsé un timbre al azar, el que correspondía a C. Pouropópulos, y cuando se abrió la puerta, me colé hacia arriba. Ante el griego me hice pasar por un agente de ventas a plazos, y dando la descripción de Ullman, conseguí saber el número de su habitación.

—Conocemos todo eso, señor Darrow —me dijo.

Arrugué los ojos e inquirí:

—¿Qué es lo que pasa, teniente?

—Hace cosa de un par de horas un coche patrullero encontró a Kid Ullman.

Sobrevino una larga pausa.

—¿Muerto? —Me oí a mí mismo preguntar.

—Sí, y de una manera bastante horrible. Le pegaron una gran paliza antes y luego le metieron dos balas por la espalda.

Tragué saliva y permanecí un rato sin pronunciar palabra. Luego, pregunté:

—¿Dónde lo hallaron?

—En un terreno baldío, al final de la calle Sesenta y Siete Este, cerca del Hudson. Nuestro coche se detuvo por casualidad por allí, y al cabo de un rato, los agentes vieron salir de un solar a un niño que pegaba gritos. Él era quien había descubierto el cadáver. Me ha

correspondido a mí el asunto. Tuve suerte. Le dejaron unos cuantos papeles en la cartera. Uno de ellos era el recibo que usted le entregó ayer. Comprobamos el domicilio escrito a máquina y luego el de la calle Sesenta y Cinco. En éste todo estaba revuelto y todavía no hemos encontrado nada en qué hincar el diente. Mientras los muchachos trabajaban en la busca de huellas, yo me dije que haría bien en dejarme caer por aquí.

Danny carraspeó suavemente.

—Ya sabe que de nosotros obtendrá toda la colaboración que necesite, teniente.

Bergerac se levantó del sillón, mientras guardaba sus documentos en el bolsillo. De pronto, preguntó:

—¿Quién es el beneficiario de la póliza de Ullman?

—Su esposa —contestó Danny Singer—. Ayer mismo consulté la póliza. Es una tal Helen Roth. Creo que vivían separados.

Sentí un hormigueo en los pies. Según las palabras que acababa de pronunciar Singer, Kid Ullman no había escrito la carta en virtud de la cual me nombraba a mi beneficiario.

—¿Me quiere dar más detalles de la póliza? —Solicitó el teniente—. Necesitaré la dirección de Helen Roth.

Danny empezó a hablarle, pero yo no escuchaba nada, porque me daba cuenta en aquellos instantes de que seguía siendo víctima de una pesadilla. Ahora, cuando el teniente se marchase. Singer me preguntaría por los mil trescientos dólares que le había cobrado a Ullman.

Bergerac dio de nuevo las gracias a Danny por sus informes y luego se dirigió a mí:

—¿Tendría inconveniente en acompañarme? Ya sabe, es por lo de la identificación. Usted fue uno de los últimos en verlo vivo.

—Iré con usted —asentí, mientras le daba las gracias mentalmente.

Singer me dirigió una mirada que no supe descifrar, aunque tal vez quería indicarme la contrariedad que le producía el que yo me fuese de allí ahora. Por eso me dirigí a la puerta.

—Pásese luego por aquí, Scott —me dijo Danny.

—De acuerdo, jefe.

Bajamos en el ascensor sin que Bergerac y yo pronunciásemos palabra alguna. Abajo me señaló un coche negro que estaba

aparcado junto a una boca de incendios. Abrió la puerta posterior y me invitó a que entrase. Ya instalados los dos dentro, el hombre que había al volante pisó el embrague y apartó el coche del bordillo de la acera, al tiempo que hacía sonar la sirena.

—¿Mucho tiempo con la Harrison, señor Darrow? —me preguntó de repente Bergerac.

—Va para cuatro años.

Dejó transcurrir un rato y preguntó de nuevo:

—¿No le explicó el señor Ullman por qué se hospedaba allí con nombre supuesto?

—Lo intenté, pero no adelanté nada.

—Esos boxeadores son tipos raros —comentó—. ¿Le llamó a usted algo la atención?

—No, en absoluto —contesté.

Nos sumergimos en un largo silencio. El coche corría ignorando las señales de tránsito.

—¿Usa usted pistola, señor, Darrow? —Quiso saber.

—No. En mi oficio no la necesito.

—Se asombraría usted de conocer el número de personas que usan armas en esta ciudad. Son, como usted, tipos que, por razón de su precisión, no tienen motivos para llevar pistola, pero, sin embargo, no se apartan de ella ni para dormir. Uno de nuestros psiquiatras dice que se debe a una especie de psicosis. Todos aseguran que necesitan un arma para defenderse pero en realidad esconden un sentimiento de odio contra la sociedad que les rodea. —Hizo una pausa y exclamó—: Es curiosa la psiquiatría. Algunos de mis compañeros dicen que es una pamplina, pero yo creo que nos enseña algunas cosas interesantes.

Guardó silencio porque el coche patinó al tomar una curva y echóse hacia delante como si esperase que volcásemos. Cuando el vehículo siguió por la recta, declaró:

—De todas formas, a Kid Ullman lo mataron con su propia pistola.

Lo miré enarcando las cejas y ratificó:

—Sí, han hecho un trabajo estupendo. La pistola está registrada a nombre de Kid Ullman. Fue cuestión de cinco minutos el comprobarlo. —Hizo una pausa e inquirió—: ¿Sabe algo de Helen Roth?

Él estaba al corriente ya de que yo había sido el que contrató la póliza con Ullman y que, por lo tanto, debía conocer lo más substancial de la identidad de la beneficiaría.

—Era corista de Broadway cuando se casó con Ullman, a quien los críticos consideraban como sucesor de Joe Louis, pero en el tiempo en que él formalizó la póliza ya estaban separados. Sid me dijo que Helen vivía a salto de mata de lo que podía sacar a unos y otros. Me pidió que no le comunicásemos a ella las condiciones de la póliza. Sólo debía enterarse si él moría.

Me miró con ojos inquisidores, pero yo no aparté mi mirada de la nuca del conductor.

CAPÍTULO IV

He visto muchos cadáveres en mi vida. Estoy acostumbrado a ello. Pero presentí que en esta ocasión me iba a resultar difícil. Hice un esfuerzo por parecer tranquilo ante el teniente.

Un hombre con bata blanca levantó una sábana para que yo pudiese observar lo que había debajo.

Kid Ullman se había sentido orgulloso cuando los críticos deportivos dijeron que había sido el boxeador que se retiraba de la profesión con el rostro menos castigado. Ahora tenía el labio partido, una grieta en un pómulos, un ojo tumefacto y muchas escoriaciones.

—Parece que no tuvieron contemplaciones comentó Bergerac.

Hizo una seña al del batín para que bajase la sábana y yo me volví hacia el teniente.

—No hay duda. Es Kid Ullman —declaré.

Nos dirigimos hacia la salida del depósito, y en el camino, me ofreció un cigarrillo. Encendimos fuera, cerca del coche.

—¿No tiene nada que decirme, señor Darrow? —preguntó, sin mirarme.

—Me limité a cobrarle el recibo —contesté, lacónicamente—. Eso fue todo.

—Es curioso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que un boxeador retirado y en las últimas, como demostraba estar Ullman, consiguiese dieciséis mil dólares para liberar una póliza. ¿Tampoco le intrigó a usted eso?

—Ya le he dicho que traté de sonsacarle, pero él eludió el tema.

—¿Tenía interés personal por saberlo o era cuestión de la compañía?

—Es posible que existiesen los dos motivos. Después de todo, yo era quien había contratado la póliza con él.

—¿Conoce usted a Helen, la esposa?

Permanecí unos segundos pensativo. Quizá él antes de ir a la oficina había investigado sobre Helen Roth, y, por tanto, sabía que estaba muerta. Pero de todas formas, aquel aspecto de la cuestión me tenía sin cuidado.

—No, no la he visto nunca —contesté.

—Será una grata sorpresa para ella. Es como si hubiese heredado unos cuantos pozos de petróleo.

No sabía hasta qué punto me estaba tendiendo una trampa, pero yo había recobrado la serenidad y me dije que le iba a costar cazarme mucho más trabajo de lo que él creía.

—Supongo que se pondrá muy contenta —asentí.

Señaló el coche y dijo:

—¿Quiere que le deje en la oficina?

Yo había observado por el espejo retrovisor del coche policíaco en el camino al depósito y estaba por jurar que no nos había seguido ningún otro auto. Si yo me libraba del teniente, era muy probable que tuviese tiempo disponible antes de que me pusieran un espía para seguir mis pasos. Debía visitar a Hassold Ranier y arreglar el asunto del préstamo. Ahora estaba casi todo perdido, pues Singer sabía que yo había cobrado el recibo a Ullman y no lo había liquidado. Debía moverme muy aprisa.

—No, gracias, teniente. Ya que estoy aquí, visitaré a un cliente que vive por los alrededores.

Me miró un instante, luego meneó la cabeza y me ofreció su mane.

—Encantado, Darrow.

Cambiamos un apretón y él montó en el coche.

Les vi partir haciendo aullar la sirena. Yo enfilé hacia el sur de la calle. Pasaban diez minutos de las doce y media cuando me metí en una cabina telefónica de un bar. Consulté el listín y di con el número de Ranier. Marqué y una voz femenina me dijo que había establecido contacto con las oficinas del señor Ranier, agente de Bienes Raíces. Le dije que deseaba hablar con el patrón, pero ella me contestó que no había llegado todavía al despacho.

Colgué y decidí esperar junto a la barra, tomando un *whisky*.

Empecé a recordar un artículo que había leído recientemente sobre el dinamismo desplegado por la policía en el descubrimiento

de un crimen. En él se decía que en una ocasión bastó a la Brigada de Homicidios un plazo de dos horas para echar el guante a un tipo que había cometido una violación seguida de asesinato. El caso tenía verdadero mérito porque el departamento sólo había tenido como pista para su investigación unos hilos de lana adheridos al suéter que llevaba la víctima. Ahora tenía la impresión de que un dogal me apretaba la garganta. Bebí mi *whisky* para ver si me encontraba mejor y luego repetí. A la una volví a la cabina y repetí la llamada.

—¿Ha llegado ya el señor Ranier?

—¿Habla el señor Darrow? —preguntó la misma voz de antes.

—Sí —confirmé.

—El señor Ranier ha dejado un recado para usted. Ha tenido que salir urgentemente de la ciudad y le ruega que demore su visita hasta pasado mañana.

Sus palabras me dejaron helado y colgué sin darle siquiera las gracias. Todo empezaba a ponerse en contra. Me tomé otros dos *whiskys* pensando en lo que debería hacer y la conclusión fue que, dado lo avanzado de la hora, no iría a la oficina hasta la tarde, Singer me estaría esperando para enfrentarse conmigo y traté de retrasar aquel momento. Quizá entretanto, ocurriese un milagro.

Mientras estaba allí sentado en el taburete, observé por la ventana que los vaticinios del observatorio meteorológico empezaban a cumplirse. Estaba nevando en Nueva York:

Un muchacho con chaqueta de cuero entró en el bar voceando.

—¡Asesinato de un famoso boxeador!

Le compré un ejemplar y lo abrí. Los titulares eran llamativos. Del crimen decían poca cosa. Lo que yo ya sabía por el teniente. Y en vista de ello habían gastado la tinta en recordar al público la carrera de Kid Ullman. Se insertaban muchas fotografías. En una de ellas, Kid estaba estrechando la mano de Joe Louis. Era del tiempo en que Ullman iba directo hacia el título. Pero luego llegó Jimmy *el Marino* y echó por tierra todas sus posibilidades. Vi a Ullman vencido, en brazos de sus cuidadores, cuando le ayudaron a bajar del cuadrilátero por última vez. Probablemente, en aquel instante, ninguno de ellos podía suponer que la estrella de Ullman se había apagado por completo. Respecto a la póliza, el teniente había sido discreto. No se decía absolutamente nada.

Pagué la consumición, me metí el diario en el bolsillo y salí a la calle. Eché a andar a solas con mis pensamientos. Una vez me detuve ante una droguería para comprar un paquete de cigarrillos.

Cuando me cansé de caminar cogí un taxi y di la dirección de la oficina.

Me crucé con algunos compañeros, pero no me entretuve en hablar con ellos. Quería estar solo en mi despacho. Cuando me senté ante mi mesa, di un suspiro de alivio y esperé.

No fue por mucho tiempo. Susan entró al poco y me dijo que Singer quería hablar conmigo.

No sé por qué razón me dio por mostrarme irónico.

—¿Cómo le fue anoche con su prometido? —pregunté, mientras me ponía en pie.

—Perfectamente, señor Darrow.

Tenía ganas de fulminar a alguien, porque estaba resentido con el mundo entero. Iba a soltar un sarcasmo, pero logré contenerme a tiempo y me dirigí al despacho de Singer.

Esta vez le pillé solo. Estaba paseando por la habitación con un gran cigarro humeando en la mano.

—Hola, Darrow —me dijo con voz seca—. ¿Cómo fue eso?

—Era Kid Ullman —contesté.

—Eso ya lo sé. He leído los periódicos. Me refiero al interrogatorio del teniente.

—Le dije todo lo que tenía que decirle.

—¿Todo?

Su pregunta me dejó unos instantes en suspenso. ¿Se refería al hecho de que me había quedado con los mil trescientos dólares del recibo?

¿O acaso Kid decidió mandar la carta a última hora?

Traté de pisar un terreno más firme para continuar mi conversación.

—Supongo que se refiere al hecho de que cobrase el importe del recibo y no lo haya liquidado esta misma mañana.

—Eso mismo.

Lo miré fijamente y no me pareció que supiese nada más.

—Está; bien —proseguí—. Ocurrió así: Necesitaba el dinero solamente por un par de días. Luego se lo hubiese devuelto, tal como haré. Nadie lo habría notado, ni usted mismo. En realidad, no

tenía por qué ir tan pronto a casa de Ullman. Una demora de dos o tres días no significaba nada. Continuaba estando en el mes de gracia. Yo no sabía que lo iban a matar.

Singer no pronunció palabra alguna. Estuvo un rato inmóvil y de pronto, dio una vuelta.

—¿Y lo hizo con esa tranquilidad, Darrow? Ésta es una firma respetable. Usted lo sabe.

—Bien. Supongo que estoy despedido. —Llené los pulmones de aire y me erguí—. Le haré las cosas fáciles, señor Singer. Antes de quince minutos tendrá usted mi carta de dimisión y en cuanto a los mil trescientos dólares, se los devolveré dentro de dos o tres días.

Di media vuelta para marcharme, pero cuando llegaba a la puerta, Singer me llamó.

—Espere un momento.

Me volví hacia él de nuevo.

—¿Quién habla aquí de dimisiones? —gritó—. Usted sabe que no puede hacer eso en las actuales circunstancias.

—Está en su perfecto derecho de despedirme, Singer.

—Olvide eso.

Se quitó una brizna de tabaco del labio con el índice y apuntándome con el puro, dijo:

—Pero no sé hasta qué punta podré ayudarle.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir, Singer?

—El teniente ignora lo que hizo usted con el importe del recibo. Dígamelo a mí.

—Me salieron mal unas cuantas apuestas y quedé en deuda con mi corredor. Ayer me hicieron presión para que me pusiera a la par y usted me dio la idea del recibo. Con su importe zanjó mi retraso.

—¿De dónde piensa sacar los mil trescientos dólares para cubrir su déficit con nosotros?

—Tengo solicitado un préstamo, el cual me será concedido dentro de tres o cuatro días. Todo habría salido, bien si Ullman no hubiese muerto.

—Fue asesinado —puntualizó Singer.

Reanudó sus paseos por la habitación, y cuando se detuvo, se encaró de nuevo conmigo.

—Escuche, Scott, si todo ha ocurrido como dice usted, no habrá

ningún inconveniente.

—¿Qué es lo que cree?

—Yo no creo nada. Es el teniente quien puede sacar conclusiones que le resulten a usted un poco enojosas. Pero olvidemos eso. Vuelva a su trabajo y dejemos correr el tiempo. Recuerde que sólo yo sé lo del recibo. Tenga cuidado con las respuestas que dé al teniente. Ya sabe que asume una gran responsabilidad ahora.

Le di las gracias y me hizo una seña con la mano, autorizándome para que me retirase.

Pocos minutos más tarde me encontraba de nuevo en mi despacho.

Continué sacando notas de las fichas que había utilizado por la mañana, pero no me fue posible concentrarme en el trabajo y al cabo de un rato lo tuve que dejar.

Me había salido mal la combinación. Pero, a pesar de ello, Danny Singer se había portado como los buenos. Yo había quebrantado un depósito, pero él estaba dispuesto a esperar a que recuperase aquel dinero con el préstamo. Estaba claro que Singer lo hacía por el buen nombre de la firma, pero no por menos debía estarle agradecido. Una mala nota de aquel tipo, en nuestra profesión, es el final. Ninguna firma del ramo del país me daría cabida entre su personal, teniendo en cuenta aquel antecedente, pero yo no podía estar sujeto a Danny ni a la Harrison. En cuanto me largasen el dinero, yo liquidaría, el recibo y dejaría mi puesto. Ya pagaría a mi prestamista desde mi nuevo empleo. Pensaba en aquel momento que no resistiría el verme enfrentado todos los días a Singer, sabiendo ambos que yo continuaba en la empresa gracias a un favor suyo.

De pronto, la puerta se abrió y apareció Susan.

Me miró vacilante y dijo:

—Perdone, señor Darrow, creí que no estaba en la oficina.

—No se preocupe —le dije, con voz afectuosa—. ¡Haga lo que tenga que hacer!

Se dirigió al archivo metálico y abrió un cajón, manipulando con los *dossiers* que había dentro.

No aparté la mirada de ella. Me pregunté cómo sería su novio y no sé por qué me lo imaginé alto, desgarrado y con gruesos

anteojos. Bueno, ¿qué demonios me importaba a mí?

La puerta se abrió de nuevo dando paso al teniente Bergerac y a Danny Singer. Enseguida noté la acritud que se reflejaba en sus rostros.

El teniente no se dio cuenta de la presencia de Susan, y tras detenerse ante mi mesa, echó los hombros hacia atrás y me apuntó con el dedo índice.

—Bien, amigo. —Me disparó—. Le hemos cazado con las manos en la masa. Será mejor que cante prontito y claro.

Sobrevino un largo silencio. Yo continuaba sentado en mi silla giratoria y Susan me estaba mirando.

—¿De qué habla, teniente? —inquirí, poniendo en juego mi mejor arte de simulación.

—¿De qué le hablo, Darrow? —Retrucó Bergerac—. Usted lo sabe bien. Del asesinato de Kid Ullman.

—¿De veras?

—Está tratando de ganar tiempo para poner en orden sus ideas, pero no le va a servir de nada, Darrow. Usted mató a Kid Ullman y nosotros lo sabemos sin ningún género de duda.

Entonces fue cuando el teniente se dio cuenta de la presencia de Susan y ésta, tras Ajar la mirada en él, se dispuso a salir de la habitación, pero yo me levanté apresuradamente.

—No hay ninguna razón para que se marche —dije—. Ya que ha oído el principio, prefiero que asista a toda la representación.

—Sí, señorita, nos hará un favor —convino Bergerac—. Servirá de testigo de su confesión.

—¿De qué confesión habla, teniente? —pregunté.

—No se haga el ingenuo. Le diré para su conocimiento que tengo en mi poder una prueba indubitable de que usted mató a Ullman.

—Me gustaría ver esa prueba.

El teniente se metió la mano en el bolsillo, sacó una carta y me la mostró.

—Usted sabe lo que es esto, ¿verdad, Darrow?

—Déjeme leerla y se lo diré.

Mientras decía esto, observé el sobre. Iba dirigida a la Harrison Insurance Company y se podía apostar doble contra sencillo a que la persona que la había escrito apenas tenía nociones rudimentarias

de ortografía.

—Sí, señor Darrow. —Martilleó Bergerac—. Esta carta fue escrita de puño y letra por Kid Ullman y en ella se dice algo muy interesante. Se le nombra a usted beneficiario de su póliza.

La atmósfera pareció electrizarse. Yo estaba allí quieto y los ojos de las tres personas que había en mi despacho convergían en mi persona.

—¿Bromea usted, teniente? —murmuré.

Soltó una carcajada de falsete y dijo:

—Es usted malo como actor, Darrow. Ni a un niño de pecho podría engañarle con esa cara. He de admitir que su plan ha sido bastante burdo. Usted fue ayer a ver a Kid Ullman y lo coaccionó para que le colocase a usted como beneficiario de su póliza.

—¿Por qué habría yo de hacer una cosa sí?

—Porque está a las últimas, amigo. El señor Singer me ha aclarado su situación económica. En los seis últimos meses ha pedido más de dos mil dólares anticipados, y por si fuera poco, está lo del recibo de la víctima. Usted cobró su importe y se lo embolsó.

Miré a Danny y éste dijo:

—Lo siento, Scott, pero tal como están las cosas no he tenido más remedio que decirlo.

Bergerac no me dio tiempo a replicar.

—Usted, cuando lo hubo conseguido todo, señor Darrow, se agenció dos matones de oficio y les encargó que ultimasen el pasaporte a Ullman. De esa forma usted no ha tenido más que sentarse en esa silla y esperar a que le digan que ha heredado la bonita cifra de cien mil dólares.

Saqué un cigarrillo del paquete y lo encendí. Todos esperaban mis palabras con expectación.

—Dígame, teniente —empecé—. ¿Cómo ha conseguido esa carta?

—Le inquieta eso, ¿eh? —sonrió apretando los dientes—. Ha enviado un hombre al otro mundo y sólo le preocupa cómo he conseguido una carta que hace volcar sobre usted el cuerno de la abundancia.

—Sí, estoy muy interesado. ¿La recibimos nosotros, Singer?

Danny negó con la cabeza mientras las mejillas de Bergerac se coloreaban un poco.

—Está bien —declaró—. Yo sé lo diré, Darrow. Uno de los vecinos de la casa donde vivía Ullman vio anoche a nuestro hombre arrojar una carta en el buzón que hay en una droguería, dos manzanas más arriba. El servicio de correos no recoge allí la correspondencia hasta las dos de la tarde de hoy. Así que me las arreglé para establecer un hombre junto a la estafeta para que se hiciese con la carta cuando el empleado de correos llegara.

—Un método estupendo —comenté, con ironía.

Bergerac se congestionó aún más.

—¿Qué sugiere; Darrow?

—Usted lo sabe bien. Ha violado el reglamento de correos y apuesto a que ningún juez hace caso en esta ocasión de su placa.

—No podía correr el riesgo de que se perdiese esa carta. No sabía a quién iba dirigida. Lo mismo podía ir a parar a San Francisco que al Perú, y por si usted lo ignora, la podía haber conseguido con pedir ayuda al FBI.

—Pero el caso es que no pidió esa colaboración.

—¡Déjese de pamplinas! Está metido hasta el cuello en esto, Darrow, y no lo salvará ninguna de sus sutilezas. Pase revista a todo lo que tiene contra usted y se sentirá desesperado. Además de lo del recibo cobrado y no liquidado, está esta carta y la declaración de C. Pouropópulos, a quien usted se presentó con nombre supuesto, tratando de dar con la habitación de Kid Ullman.

—¿Quiere decir que me va a detener bajo la acusación de ser el autor de la muerte de Kid?

—Esté seguro de ello.

—En ese caso será mejor que arroje su placa a un vertedero de basura, teniente. Me basaré en su violación del secreto de correspondencia para armar una de la que usted no escapará.

—Chantaje, ¿eh?

—No me deja opción.

Bergerac apretó los labios.

—Está bien, Darrow. Me voy a tomar un poco más de tiempo, el indispensable para que mis hombres echen el guante a los tipos que hicieron el trabajo por usted. Cuando ello ocurra, no tendrá oportunidad de alegar violación de ningún derecho del contribuyente. —Hizo una pausa y añadió—: Entre tanto, le aconsejo que no intente salir de la ciudad. No haría más que

empeorar su situación.

Luego de decir esto se caló el sombrero, guardó la carta de Ullman y salió del despacho.

Singer estaba frente a mí y Susan un poco detrás.

—¿Qué hay de todo eso, Scott? —pregunto Danny, rompiendo el silencio.

Yo, por toda respuesta, tiré hacia mí del cajón central de la mesa, cogí varias cosas que me pertenecían y las metí en el bolsillo del abrigo que había dejado en el perchero.

—Le ahorraré a la firma un mal trago, Singer. —Respondí—. Yo me marcho. Dentro de cuatro o cinco días recibirá usted el importe del recibo de Ullman. En cuanto a los anticipos, creo que quedan amortizados con la prima que me corresponde según contrato.

—Celebro que se haga cargo —dijo Singer—. Comprenda que me ha colocado en una situación muy comprometedora con los jefes.

—Ahora podrá dar usted su informe sin ningún temor.

Singer se dirigió hacia la puerta, soltó un gruñido por lo bajo y se volvió hacia Susan.

—Le ruego, señorita, no mencione para nada lo que ha escuchado entre estas cuatro paredes. Es sumamente delicado para la empresa.

—Descuide, señor Singer.

Danny me deseó buena suerte y salió cerrando tras de sí. Yo me puse el abrigo y el sombrero y aplasté en un cenicero el cigarrillo que casi había consumido.

Entonces miré a Susan.

—Ha sido muy agradable trabajar con usted durante estos años —le dije, y me quedé unos instantes en suspenso. Luego añadí bruscamente—: Celebraré que le vaya bien con su chico. Adiós.

Eché a andar hacia la salida con paso rápido, pero de pronto ella me llamó.

—Espere, Scott.

Volví la cabeza.

—¿Qué quiere?

—Dígame una cosa... ¿Es usted...? —Se mordió el labio inferior, interrumpiéndome—. ¿Eres culpable?

Tragué saliva. Era la primera vez que me tuteaba desde hacía

dos años. Con ello demostraba ser mucho más generosa de lo que yo merecía.

—No —contesté.

Sonrió dulcemente.

—Estaba segura de ello.

—Gracias —le dije—. Pero creo que lo que tú puedas pensar no servirá de mucho para convencer al teniente. Ya lo has visto. —Hice una pausa y añadí—: Será mejor que me marche.

—¿Adónde vas, Scott?

—Necesito ventilar unas cuantas cosas.

—¿Recuerdas mi número de teléfono?

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Llámame esta noche, ¿quieres? Estaré más tranquila.

—Lo haré —dije.

Estábamos allí de pie, uno frente a otro, separados por tres o cuatro yardas de distancia. De pronto, pensé que ella pudiera sentir piedad por mí. Es algo que no he podido soportar en mi vida. Sí, no podía ser otra cosa. En caso contrario, me habría acercado a ella para estrecharla entre mis brazos, pero en aquellas circunstancias no estaba dispuesto a aceptar tal limosna.

Abrí la puerta y salí silenciosamente de la habitación, dejándola a ella dentro.

CAPÍTULO V

Al salir a la calle, vi a un fulano que leía el periódico junto a un puesto de Prensa. Noté como él me miraba también a mí. Era el tipo que me habían puesto de sombra.

Sonreí para mis adentros, mientras echaba a andar hacia la cercana boca del «metro».

Yo también adquirí un diario y me puse a leer tranquilamente mientras esperaba la llegada del convoy que iba al Bronx. Sólo transcurrieron unos tres minutos. Había mucha aglomeración, como siempre. Volví un poco la cabeza y vi a mi hombre. Se estaba abriendo paso a codazos para llegar a mi lado. Yo estaba ya cerca de la puerta del vagón cuando él y yo nos tocamos. Entonces hice un movimiento brusco con el codo y aplicándolo en su paletilla, le empujé hacia dentro. Inmediatamente me escurrí y la gente siguió presionando, taponando todo escape. Tuve que hacer un esfuerzo para nadar contra corriente. Vi al «poli» mover el brazo que sostenía el periódico, pero de pronto, la puerta se cerró y el tren partió con él.

Habría soltado una carcajada si mi situación no fuese tan grave. Luego desanduve el camino y salí de nuevo a la calle. Me metí en un taxi y di al conductor la dirección de la librería Universal.

Éste era un negocio bien montado, con grandes espacios libres y enormes estanterías en donde se exhibían toda clase de libros. Una docena de personas tomaban los ejemplares para ojearlos. Me acerqué a una estantería y cogí al azar un tomo que resultó ser *Cómo ganarse amigos*. De Dale Carnegie. Un tipo con gruesos anteojos se me acercó y me habló en voz tan baja como si estuviéramos en un funeral.

—Tenemos todas las obras de ese autor, caballero.

De buena gana lo habría mandado al infierno, pero hice un esfuerzo y le sonreí.

—Gracias, ya le llamaré si le necesito.

Arrugó la nariz y se marchó.

Le seguí con la mirada y de paso busqué a Peggy Bartley. Sólo había una mujer entre los empleados, una joven de unos veinte años, pelirroja, con el rostro manchado de pecas. Estaba detrás de un mostrador, limándose las uñas. Un lazo rojo le sujetaba el cabello y se cubría con un suéter muy entallado que modelaba bien su busto. Detrás de ella, por encima de su cabeza, había un cartel que rezaba: Ciencias sociales.

Rechacé la oportunidad que se me brindaba de saber cómo debía ganarme un amigo y me dirigí hacia la pelirroja.

—Buenos días, señorita —la saludé.

La joven interrumpió su trabajo y me correspondió con una sonrisa, mientras preguntaba:

—¿En qué puedo servirle, caballero?

Pensé que debía ir directamente al grano.

—El caso es que necesito hablar con usted en privado.

Ella se sorprendió y proseguí:

—Es referente a un asunto que le interesa personalmente a usted.

—Creo que se ha equivocado, caballero.

—¿No es usted Peggy Bartley?

—Sí.

—Pues, entonces, celebro decirle que no me he equivocado.

—¿Quiere decirme de qué se trata?

—Su padre ha muerto.

Be pronto, desapareció el color de sus mejillas y se quedó pálida. Cuando por fin pudo hablar, dijo:

—¿Quiere esperarme en un bar que hay unas manzanas más arriba, a la izquierda? Yo no tardaré en ir con usted. Métase en el primer reservado que haya libre.

Me toqué el ala del sombrero y salí de la librería.

El bar no tenía pérdida y Peggy Bartley no me hizo esperar mucho, aunque yo ya estaba dando buena cuenta de un vaso de *whisky*. Me levanté para ayudarle a quitarse el abrigo y cuando se sentó frente a mí, llegó el camarero. Preguntó con la mirada a Peggy qué iba a tomar, pero ella negó con la cabeza y yo encargué otro *whisky*.

—¿Quién es usted? —Me disparó cuando se hubo retirado el mozo para cumplimentar el servicio.

—Scott Darrow, agente de seguros y amigo de su padre. ¿Qué sabía usted de él, señorita Bartley?

—Nada o muy poco. Aún no sé si el hombre que se presentó a mí hace dos meses diciendo que era mi padre, trataba de engañarme o no.

—No tenga ninguna duda al respecto. Era su padre. Según me explicó él, usted fue acogida en el seno de una familia que no tenía hijos.

—Ellos han sido los únicos padres que he conocido.

—Y después de lo que ocurrió hace dos meses, ¿no les preguntó a ellos su verdadero origen?

—Usted no les conoce. Son las personas más buenas del mundo. Me pareció indelicado el hacer semejante pregunta.

—Lo comprendo.

—Pero, si es así, como usted dice, ¿qué interés tenía mi padre después de tanto tiempo, en presentarse a mí?

—¿No le dijo él nada?

—Verá usted cómo ocurrió. Frecuentó primero la librería. Siempre venía a mi sección y se llevaba algún libro. Así hizo amistad conmigo. Eludía siempre hablar sobre los temas relacionados con las compras que hacía. Una noche, mi novio y yo le encontramos en un bar la Calle Catorce, cerca de donde yo vivo.

—Tenga entonces por seguro que fue allí sólo por verlos.

—Se lo presenté a Jimmy. Él, por primera vez, dijo su nombre. Se llamaba Tom Connolly. Se empeñó en invitarnos.

—¿De qué hablaron?

—De cosas corrientes. Jimmy y yo estamos ahorrando para casarnos y la conversación versó sobre eso. Jimmy no gana mucho en la oficina de Bienes Raíces donde trabaja. El caso es que permanecemos juntos como cosa de dos horas. Luego el señor Connolly... discúlpeme, pero no puedo nombrarlo de otra forma... se marchó. Al día siguiente por la mañana se presentó en la librería. Noté enseguida que quería decirme algo, pero vacilaba, como si le costase un gran esfuerzo armarse de valor para decírmelo. Al fin, me dijo que él era mi padre. Al principio pensé que había bebido. Yo que sé. Fueron tantas las cosas que pasaron por mi cabeza...

Luego él, de pronto, dio media vuelta y se marchó. Fue la última vez que le vi. Ya no volvió más. Los primeros días que siguieron a aquella escena los pasé como en un infierno. Por fin se lo conté a Jimmy y él me dijo que debía olvidarlo. A su entender, Connolly no estaba en sus cabales. Me convenció y fui olvidándolo poco a poco.

El mozo dejó sobre la mesa el vaso de *whisky* y no rompimos el silencio hasta que volvió a abandonar el reservado.

—Decía la verdad, Peggy —murmuré yo—. Solamente que no mencionó su verdadero nombre. Al parecer, usted no ha leído la última edición de la Prensa.

—No.

Saqué el diario que tenía en el bolsillo y lo alargué a la joven. Ella lo tomó con mano vacilante, sin dejar de mirarme. Estaba realmente emocionada y temerosa. Desdobló el periódico y depositó sus ojos en la primera página. Observé cómo iba cambiando poco a poco el color de su rostro, y, de pronto, de su garganta salió un grito. Había reconocido en las fotografías al Connolly que ella conocía. Al cabo de un rato, me devolvió el diario y levantó la mirada, depositándola en mi rostro.

—Entonces es cierto —murmuró.

—Sí, Peggy, es cierto. —Hice una pausa y añadí—: Si le sirve de consuelo, he de comunicarle que estaba arrepentido de lo que hizo con usted y con su madre.

—¿Qué fue de ella? —preguntó, con voz temblorosa.

—Murió a poco de haber nacido usted.

Hubo una nueva pausa.

—Es horrible... Asesinado... ¿Y por qué, señor Darrow?

—No lo sé, Peggy, aunque la policía está segura de que lo he matado yo.

—¡Usted! —Sus ojos me miraron con asombro.

—Su padre contrató con la Harrison Insurance Company una póliza de vida por cien mil dólares. Yo fui el agente que intervino en esa operación. Su padre nombró beneficiario suyo a Helen Roth, su esposa, de quien estaba separado. En aquel entonces, él lo ignoraba todo respecto a usted. Hace un mes, Helen falleció y fue entonces cuando se le ocurrió a su padre que ocupase usted el puesto de ella en la póliza.

Las palabras fueron abriéndose paso en la mente de Peggy.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Yo permanecí un rato pensativo, porque me di cuenta de algo que hasta entonces me había pasado inadvertido a pesar de su simpleza. ¿Por qué Kid Ullman no había nombrado directamente beneficiaría su hija, ya que de todas formas se enteraría de seguida por mi conducto?

Así, de golpe y porrazo, me encontré con que allí estaba el meollo de todo el asunto.

—Escuche, Peggy —le dije, excitado—. Anoche, poco antes de que asesinaran a su padre, fui a visitarle. Había demorado el pago de la última prima, pero la hizo efectiva enseguida en cuanto yo llegué. Luego me pidió un favor. Quería que yo figurase como beneficiario y así lo hizo constar en una carta que dirigió a la Compañía. Confió en mí, en el sentido de que yo haría llegar a usted el dinero. ¿Se da cuenta? Ésa es la razón por la cual la policía cree que yo lo he asesinado.

—Pero ahora todo queda aclarado. Una vez informe usted de los hechos...

—En absoluto. No voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque su padre confió en mí y deseó que todo esto permaneciese en secreto. Ahora estoy convencido de que su muerte está relacionada con los cien mil dólares. Es una idea que me rueda por la cabeza y de la que no puedo darle detalles porque yo mismo los ignoro, pero apuesto doble contra sencillo a que ése es el buen camino.

Saqué un bloc de notas. Garrapateé un rato sobre una de las páginas en blanco y luego la arranqué, entregándosela a Peggy.

—Guarde eso bien —le dije—. Es un reconocimiento de que usted es la beneficiaría de la póliza de Kid Ullman. Así todo queda en orden y usted cobrará ese dinero aunque a mí me ocurra algo. Pero prométame que no lo dirá a nadie.

—Se lo prometo, señor Darrow.

Le sonreí y apuré el contenido del segundo vaso de *whisky*.

De pronto, vi que miraba por encima de mi hombro hacia el corredor.

—Aquí llega mi prometido, Jimmy Jones. —Me anunció.

Jimmy se detuvo un momento al vernos. Frisaba en los veintiséis

años de edad. Era alto, desgarbado y tenía el pelo cortado a cepillo. Sus ojos estaban defendidos por gafas con gruesos cristales. Antes de que él llegase, Peggy me preguntó por lo bajo:

—¿Tiene algún inconveniente en que ponga al corriente de todo a Jimmy?

—Ninguno, en absoluto. —Le respondí.

Para entonces, el chico ya estaba junto a nosotros.

—¿Qué tal, Peggy? Pasé por ti para ir a almorzar y en la librería me dijeron que estabas aquí.

Peggy le sonrió y enseguida hizo las presentaciones.

—El señor Scott Barrow, agente de seguros... Jimmy Jones, mi prometido.

Nos estrechamos las manos y yo le pregunté:

—¿Qué va usted a tomar, Jimmy?

Hice una seña a uno de los mozos que pasaba y Jones pidió un bocadillo y una botella de cerveza.

Nos sentamos y Jimmy, después de estudiarme el rostro, preguntó a Peggy:

—¿Qué es lo que ocurre, nena?

Peggy me miró, pidiéndome de nuevo permiso, y yo le dije:

—Adelante, señorita Bartley. Puede contárselo todo.

Jimmy concentró tanto su atención en lo que le contaba Peggy que se olvidó del bocadillo y de la cerveza que el mozo le trajo un poco después. De vez en cuando, lanzaba una exclamación y cuando Peggy hubo guardado silencio, él me miró a mí y dijo:

—Yo siempre creí que ese señor Connolly era un tipo que se había chiflado por Peggy.

Lo había dicho sin enfado como tantos muchachos de su generación lo hacían.

—Sin embargo. —Opuse yo—, ha resultado cierto que él era el padre de su prometida.

—No lo puedo creer. ¡Cien mil dólares!

—Sí, es una bonita cifra —comenté yo.

—¿Es legal eso, señor Darrow?

—¿El qué?

—Lo de que alguien pueda cobrar de una compañía de seguros una póliza cuyo beneficiario es otro. Ése es el caso de Peggy, ¿no es así? Su nombre no aparece como beneficiaría en la póliza que

suscribió su padre y, sin embargo, le van a liquidar el dinero.

—Las Compañías de seguros son solventes. Por regla general, no ponen obstáculos cuando se trata de liquidar una póliza. En el caso presente todo está a favor de la señorita Bartley, puesto que yo acabo de firmarle un documento reconociendo que Kid Ullman, horas antes de morir, me nombró a mi beneficiario para que reembolsase los cien mil dólares a su hija.

—Es una actitud que le honra, señor Darrow. No sabe cuánto se lo agradezco.

Desde luego me lo debían agradecer bastante. Ahora aquella pareja de polluelos se podría casar y hacer un nido, pero no les dije nada respecto a que yo también trataba de justificar mi inocencia ante la Brigada de Homicidios.

Nada tenía que hacer ya allí y me levanté, haciendo una seña al mozo que nos había servido. Jimmy pretendió oponerse, pero yo pagué. Nos despedimos muy amigablemente y les dije que ya me pondría en contacto con ellos para indicarles el día y la hora en que deberían pasarse por las oficinas de la Compañía.

Salí a la calle, cogí un taxi y me hice conducir a la casa en que había vivido Ullman.

Empezaba a nevar otra vez. Después de despedir el coche, atisbé por los alrededores, llegando a la conclusión de que no había ningún policía apostado. Regresé y me colé por la puerta que estaba abierta. No me encontré abajo con nadie y ascendí rápidamente hasta la segunda planta. Pulsé el timbre y esperé. Se abrió la puerta y apareció Pouropópulos. Me reconoció al instante y abrió unos ojos como platos, pero le empujé hacia dentro y cerré a mis espaldas. Yo tenía la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo y Pouropópulos gritó:

—¡Yo no tuve la culpa! La policía vino y no tuve más remedio que contarles lo de usted. ¡Palabra que no quise perjudicarle!

—Eso tendrá que probarlo —repliqué.

Tragó saliva dificultosamente, porque se le había hecho un nudo en la garganta. Al fin pudo preguntar:

—¿Qué quiere que haga?

—Usted, al parecer, es observador, señor Pouropópulos. Me dijo que el señor Ullman era poco sociable y apuesto a que ha hecho un buen retrato de mí a la policía. Estoy seguro de que también podrá

decirme a mí algo. Por ejemplo, algo acerca de los visitantes que haya recibido Ullman en los últimos tiempos.

A aquellas alturas, pequeñas perlitas de sudor se habían formado en su frente y ahora le resbalaban por las cuencas de los ojos.

—Hago una vida muy retirada. —Me contestó.

No quería meterse en líos, pero estaba demasiado asustado para que pudiese continuar mucho tiempo en aquella actitud, y machaqué:

—Déjese de tonterías, compañero. Le conviene hablar. Es la única forma de que pueda contarle a sus hijos el día de mañana.

Se humedeció los labios con la lengua.

—Es muy poco lo que puedo decirle.

—Suéltelo. Quizá sea bueno.

—Hace cosa de quince días me tropecé en la escalera con dos hombres que no había visto nunca. Yo subía y ellos bajaban, pero le aseguro que no sé si venían de visitar al señor Connolly, quiero decir al señor Ullman, o a otro vecino.

—Pero usted piensa ahora que fue al señor Ullman.

—Es posible.

—Por lo tanto, debió oír algo que le ha llevado a esa conclusión.

—Antes de que nos encontrásemos oí que decía uno: «Está duro todavía». Y otro contestó: «Nosotros le ablandaremos».

—¿Cómo eran esos tipos?

—Sólo los vi un instante y no pude fijarme mucho en sus caras. Sólo recuerdo que uno era muy alto y el otro más bajo. El gigantón tenía la nariz torcida. Al pequeño no le pude ver bien. Los dos se cubrían con abrigo y sombrero de color negro. Era aproximadamente esta hora y yo les di las buenas tardes. Ellos me contestaron con un gruñido.

—¿No los volvió a ver?

—No, señor. Fue la única vez...

—¿Lo ha contado a la policía?

—Sí, señor.

Me imaginé al teniente Bergerac preguntando a mis amigos, a los vecinos, en los bares de donde soy cliente. Naturalmente, habría establecido una relación entre aquellos dos fulanos y yo. A su juicio, como él había dicho, sólo tenía que echarles mano para tener contra mí una pieza de acusación que no podría destruir el mejor abogado

criminalista del país. En ese aspecto llevaba yo la delantera. Él se eternizaba en seguir pistas falsas y hacer interrogatorios a personas que nada tenían que ver con el caso. Yo, en cambio, sabía ahora lo que quería.

Fijé mis ojos en los de Pouropópulos y le dije:

—Métase esto bien en la cabeza. Yo no he hablado con usted.

—No, señor.

—Usted sabrá lo que le conviene.

Me miró otra vez la mano que tenía en el bolsillo y asintió rápidamente con la cabeza. Luego salí de su apartamento. Cuando me encontré al otro lado de la puerta, oí el suspiro de alivio que lanzó y no pude por menos que sonreír.

CAPÍTULO VI

Salí de nuevo a la calle y me quedé un rato inmóvil en la acera, recibiendo los copos de nieve sobre la cabeza. Vi el anuncio luminoso de un bar, un poco más abajo, y me dirigí a él. El local ofrecía un aspecto curioso. Los lugares más cercanos a la barra estaban vacíos y los del fondo completamente llenos de un público que seguía un combate de boxeo en el aparato de televisión.

El que atendía la barra era un mocetón de cuello poderoso y cejas muy pobladas. Era evidente su malhumor y la cosa no era para menos. El público, mientras durase el combate, no gastaría su dinero en el negocio. Se acercó a mí y me escupió:

—¿No va a ver usted también cómo se pegan?

Metí la mano en el bolsillo y saqué un arrugado billete de cinco dólares que empecé a alisar sobre la madera, ante sus ojos.

Comprendió que tenía muchas posibilidades de hacerse dueño de él, cuando preguntó:

—¿Qué es lo que quiere?

—Sólo un poco de información.

—Es por lo de ese Ullman, ¿no?

—Es posible.

—Yo no sé nada. No lo conocía en absoluto. Creo que ni siquiera entró aquí una sola vez.

—Él no me interesa —contesté—. Son dos tipos, uno grandote, y uno más pequeño que se cubrían con sombrero y abrigo negros. El gigantón tiene la nariz ladeada.

Frunció los ojos y se llevó una mano a la barbilla, mientras su mirada se perdía en el vacío. Así permaneció durante unos instantes y meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, compañero —dijo—. No recuerdo a esos tipos.

Pero siguió mirando el billete de cinco dólares. Di un suspiro y saqué otros cinco.

—No hay más —dije—. Es lo máximo que puedo invertir en usted, amigo.

—Estuvieron aquí hace cosa de dos semanas —contestó rápidamente—. Permanecieron en ese mismo sitio en que está usted como unos quince minutos. Pidieron *whisky* y el grandote se metió en la cabina para hablar por teléfono. El pequeño tenía un periódico y hablaba en voz baja mientras tomaba notas al margen. Se refirió a las carreras de caballos, ya que tenía puesto su interés en cierta yegua. Luego salió el grandote, pagó lo que habían consumido y se marcharon.

—¿Dijeron algún nombre?

El informante se mordió el labio inferior, intentando recordar de nuevo.

—Son diez dólares —dije yo—. Pero hasta ahora sólo ha ganado cinco.

—¡Andy! —exclamó, de pronto—. Ahora recuerdo que el más grandote le dijo al pequeño: «Vamos, Andy».

No sabía si esto último lo había agregado por su cuenta para ganarse los diez pavos, pero yo lo iba a confirmar muy pronto. Asentí con la cabeza y me dirigí a la cabina. Tuve que consultar una de mis agendas antes de marcar el número.

—Habla, Scott Darrow —anuncié, cuando cogieron a la otra parte el auricular—. ¿Está por ahí Nill Shute?

—Espere un momento —me dijo una voz entre un gran murmullo de voces.

Estaba llamando a una bolera de la calle Cincuenta y Dos. Nill me ha servido en muchas ocasiones. Nill es un tipo que se las pinta sólo para cierta clase de trabajos. Estuvo diez años a la gresca con la bofia y cumplió dos condenas por robo, pero ahora se había vuelto una persona honrada. Al menos él lo aseguraba, aunque malas lenguas decían que trabajaba como confidente para los mismos que en un tiempo fueron sus más peligrosos enemigos.

Tuve que esperar unos cuantos minutos.

Reconocí enseguida su voz enronquecida.

—¿Cómo va eso, Scott? —me saludó.

—Estoy en un apuro, amigo, y creo que tú puedes tenderme una mano.

—¿De qué se trata?

—Sería mejor que te dices una vuelta por aquí.

—De acuerdo. Ahora estoy libre. ¿Dónde es?

Le di la dirección del bar, pero le dije que le esperaría en la puerta. No quería que el dueño le viese conmigo. Aquel asunto olía muy mal y debía evitar que surgiesen más complicaciones.

Transcurrió media hora antes de que Shute apareciese. Se bajó de un autobús en la esquina y subió a la acera dirigiéndose hacia mí. Era pequeño, de rostro afilado y ojos muy brillantes. Nos dimos la mano y nos pusimos a andar. Entré en materia enseguida.

—Necesito saber por cuenta de quién trabajan un par de fulanos, Nill.

A continuación le di los detalles que había conocido por medio de Pouropópulos y el dueño del bar.

—¿Andy? —exclamó Nill cuando cité el nombre del más bajo de los dos compinches, soltando luego una risita.

—¿Le conoces? —pregunté.

—Es curiosa la vida. Nunca hicimos ningún trabajo juntos, pero él me pretendió convencer para ello un par de veces. Una de ellas fue para pegar un golpe grande en una joyería de la Séptima Avenida. Yo no quise saber nada y ellos lo hicieron por su cuenta. Fue un desastre. ¿Tú has visto aquella película que se llama «La jungla del asfalto»? Pues el tipo que la escribió no hizo más que inspirarse en aquel atraco. Hay gente que no necesita trabajar mucho para llenar su bolsa.

Nill era así. Le gustaba hablar de su antigua profesión y se embalaba en cuanto uno le brindaba una oportunidad.

—Es urgente, Nill —le recordé para que no me contase los detalles del caso—. ¿En qué se ocupa ahora ese Andy?

—Trabaja por cuenta de Gower O'Leary, el dueño del Pinnacle Club. Su cometido consiste en mantener el orden en el local. Ese otro tipo grandote se llama Leonard Stern y hace lo mismo que Andy. Son dos puntos de cuidado, pero harás bien en tomar precauciones si has de enfrentarte con ellos.

—Las tendré, no te preocupes, Nill.

Saqué unos cuantos billetes, unos diez o doce, y se los alargué. Él quiso rechazarlos pero yo insistí y finalmente los tomó y se los guardó en el bolsillo.

—Me vuelvo a la bolera —dijo él—. Le gané la partida a un

fulano y quiere que le dé la revancha.

Nos despedimos y le seguí con la mirada hasta que se perdió en la oscuridad.

Hice una seña a un taxi desocupado que pasaba en aquel momento por la calle.

Estaba seguro de que aquella noche iba a resultar divertida, pero necesitaba algo. No podía presentarme sólo en el Pinnacle Club y me acordé de Susan. Me había dicho que le telefonease. Le dije al conductor que se detuviese en el primer establecimiento que encontrásemos en el camino y cuando lo hizo bajé y llamé a Susan. Cuando reconoció mi voz, se puso muy alterada, pero yo la calmé enseguida y le pregunté:

—¿Qué tal le sentaría a tu chico si yo te llevo a bailar esta noche?

Su respuesta no dejó lugar a dudas. Me dijo que pasase a por ella pasada media hora.

Eran las diez cuando salía de su casa. Yo estaba esperando junto al taxi. Me adelanté hacia ella y después de estrecharle la mano, me preguntó:

—¿Cómo va eso, Scott?

—Pe primera, muchacha. Vamos prosperando.

Por entre su abrigo vi que se cubría con un hermoso traje de noche que dejaba adivinar muchas cosas.

Quince minutos más tarde, entregamos los abrigos en el guardarropía del Pinnacle y un camarero nos condujo a una mesa situada en un rincón, iluminada por luces indirectas. La orquesta interpretaba un «slow» suave y en la pista sólo había tres o cuatro parejas. Casi todos los clientes cenaban y los camareros iban de un lado a otro, afanándose en servir rápidamente. A nuestra izquierda quedaba el bar, tras el que se encontraban no menos de media docena de tipos dispuestos a cobrar por una cosa su peso en oro. Casi todos los hombres iban de etiqueta y yo, con mi traje de diario, me encontraba allí, tan fuera de lugar como un deshollinador en una boda real.

Hablamos de cosas sin importancia durante la cena, como si tácitamente hubiésemos llegado a un acuerdo.

Pero después de encender los cigarrillos, ella se me quedó mirando fijamente y murmuró, con voz afectuosa.

—Estás en un buen apuro, ¿verdad, Scott?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer aquí?

Ella sabía usar la inteligencia y por eso me gustaba.

—He venido a visitar a un amigo. —Le sonreí—. Y en estos sitios siempre conviene dejar constancia de la existencia de uno cuando se cruza la puerta de la calle.

—¿Solamente me has hecho venir para eso? ¿Para qué te sirva de testigo?

—No. Hubiese podido traer a otra persona. Pero no me pasó por la imaginación. Sólo tuve en cuenta el placer que hallaría estando a solas contigo, como en otros tiempos.

Comprendí que había cometido una estupidez al pronunciar mis últimas palabras. Era como si hubiese ahondado en una herida.

—Lo siento —me disculpé.

Ella sonrió y dio un suspiro.

—Está bien —dijo—. ¿Cuándo vas a empezar?

—Creo que no tardaré.

Las luces de la sala se habían apagado. Un cono de luz se proyectaba sobre la pista, ahora vacía, y de pronto, la orquesta empezó a interpretar un bolero, al tiempo que una pareja de bailarines, hombre y mujer, iniciaban su número.

Era un buen momento y apreté la mano de Susan. Ella me correspondió deseándome suerte.

Serpenteé por entre las mesas y tomé asiento en un taburete del bar. Un tipo porcino de chaqueta inmaculada, me preguntó qué prefería tomar.

—Quiero ver a Andy. —Le contesté.

Me escrutó despaciosamente el rostro y repuso:

—¿A Andy Miller, el compositor?

—No. El Andy que yo busco sólo conoce un instrumento.

—No le conozco. ¿Qué va a tomar? —repitió.

Le enseñé los dientes sonriendo y pedí un *whisky*. Me lo sirvió muy tranquilamente y cuando hubo terminado se me quedó mirando. No me gustaba nada su cara. Tenía grasa por todas partes, hasta debajo de los ojos. Necesitaba un baño y se lo di. Cogí el vaso de *whisky* y le tiré al rostro su contenido. Fue un movimiento rápido. Nadie se dio cuenta porque la poca gente que había en la

barra estaba atendiendo el número que se desarrollaba en la pista.

El cerdo dio un resoplido y parpadeó. Estaba tan sorprendido de mi reacción que no dijo palabra alguna.

Vi cómo escondía la mano y no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que estaba apretando un timbre. Yo le volví la espalda, encendí un cigarrillo y esperó los acontecimientos, mientras aparentaba sumo interés en ver las acrobacias de los bailarines.

No tuve que esperar mucho. Una mano se posó en mi hombro con suavidad. Al volverme hacia la derecha descubrí que el propietario de la mano era un tipo que mediría casi dos metros, robusto, con cara de pocos amigos. Hubiese apostado mis zapatos a que había encontrado al compañero de Andy, a Leonard Stern.

—¿Qué pasa? —pregunté, con brusquedad.

—Ha cometido usted una indelicadeza, caballero —me dijo—. Sería mejor que liquidase su cuenta y se fuese a la cama a dormir.

Me lo dijo con voz persuasiva, dulcemente. Era un buen chico. Me lo imaginé cogiendo margaritas silvestres, para depositarlas en la tumba del último fulano a quien hubiese roto la cabeza.

—Quiero ver a Andy. —Repetí.

El fulano dirigió la mirada al *barman* y hubo un intercambio de señas. Al fin, Leonard, me preguntó:

—¿Para qué le quiere?

—Aposté con él ciento veinticinco dólares a «Pijama» en la tercera de Jamaica del día veintidós de diciembre. Al penco le dio por correr y entró destacado.

—Recuerdo esa carrera —dijo él.

—Andy me debe dos mil trescientos. Le he buscado por todas partes y, al fin, me dijeron que trabaja aquí. —Hice una pausa y añadí—: Estoy bien informado, «compa». He venido a ver a Andy y no me iré sin lo mío.

Era lo que menos se esperaba Leonard y su rudimentario cerebro tardó en hacerse cargo de la situación. Finalmente, dijo:

—Espere unos segundos.

—Corriente, amigo.

Se marchó y regresó minutos más tarde, cuando la pareja de baile hacía mutis entre una salva de aplausos.

—Está bien, venga conmigo —dijo Leonard.

Salté del taburete y, metiéndome la mano en el bolsillo, saqué un dólar y lo arrojé al aire al tipo que yo había bañado con *whisky*.

—Mándeme la cuenta de la tintorería a casa —dije y me dolió que no riera el chiste.

Cruzamos la sala y Leonard abrió una puerta, invitándome a que pasara dentro. Así lo hice y me encontré, en un despacho que valía una fortuna. Los muebles eran funcionales. Es la moda y hay que pagarlo. Lo único que no era funcional en aquella estancia era una rubia que se encontraba trasteando en un bar que había en un rincón. Su cuerpo, una verdadera escultura griega, lo semi cubría con un vestido de lame oro.

Un hombre tosió llamando mi atención. Era un tipo gordo, de cabeza medio calva, que se hallaba sentado tras una mesa. Sus ojos despedían un intenso brillo y su cara me recordó a la de un bulldog con el que no hice muchas migas cuando yo era niño y me dedicaba durante el verano a comer las manzanas del otro lado de la valla de un huerto colindante con el de casa.

—Así, pues, Andy le timó dos mil trescientos. —Gruñó.

—Eso es —asentí.

La rubia se volvió a medias con un vaso de *whisky* en la mano. Era una verdadera preciosidad y a mí me dio mucha pena que se pudiese llevar bien con el bulldog. Éste ladró otra vez:

—¿Qué pruebas tiene de ello, señor...? Esto me recuerda que aún no se ha presentado.

—Scott Darrow —dije y, tras encender un cigarrillo, pausadamente añadí—: No me haga reír con eso de las pruebas. Estas cosas son así. Se trabaja sobre la palabra de uno.

—Andy no es corredor.

—Me tiene sin cuidado eso. El caso es que aceptó mis ciento veinticinco machacantes sobre «Pijama». Yo gané y él tiene que pagar. La vida es así, míster.

—¿Dónde fue eso?

—¿Quién es usted? ¿El fiscal del distrito?

—Sólo Gower O'Leary, el dueño de todo esto. Estoy dispuesto a pagarle los dos mil trescientos, pero antes he de comprobar lo que usted dice.

—¿No sería más sencillo que llamase a Andy y lo enfrentase conmigo?

O'Leary sonrió, mostrándome una dentadura toda chapada de oro.

—Tiene usted razón, Darrow. ¿Por qué andarse con rodeos si el negocio se puede aclarar tan rápidamente?

Hizo un movimiento de cabeza a Leonard, el cual no se había apartado de mi lado.

El gigantón cruzó la habitación y abrió la puerta que había a la derecha.

—Eh, muchacho, es tu turno —gritó.

Entró un hombre pequeñajo, de unos cuarenta años de edad. Era delgado y, al verlo, uno tenía que pensar en que, en los días de viento, tendría que llenarse los bolsillos de piedras... o añadir otra pistola a la de uso diario.

Dirigió una mirada a O'Leary y luego la depositó en mí.

Yo sonreí y le dije:

—¿Qué tal, Andy? —Mis palabras no produjeron impresión en aquellos cuarenta y ocho kilos de carne y hueso y yo machaqué—: Vine a cobrar lo de la apuesta. ¿O es que, de pronto, te has quedado amnésico?

Continuó imperturbable, y de pronto, O'Leary dijo:

—Está bien, muchacho. Puedes marcharte.

El alfeñique giró sobre sus talones y se marchó por el mismo lugar que había entrado. Leonard cerró aquella puerta y se fue a la que comunicaba con el local.

—Ya lo ha oído, O'Leary —dije—. Ni siquiera se ha atrevido a dejarme por embustero.

El gordo me miró frunciendo los ojos y se echó a reír.

—¿De veras, señor Darrow? —hizo una pausa y prosiguió—: Pero permítame que le diga que se ha producido un fallo en su historia.

—¿De qué está hablando?

—De algo elemental y que usted comprenderá al instante. Ese hombre que acaba de salir de aquí no es Andy.

CAPÍTULO VII

La treta había sido buena por parte de él, pero a mí me tenía sin cuidado, porque lo que me interesaba era que aquello hirviese un poco.

O'Leary se levantó y se dirigió a la rubia, le cogió el vaso de la mano y se lo llevó a los labios sin dejar de mirarme. Después de beber un trago dijo:

—¿Qué le parece, señor Darrow, si me cuenta otra historia?

—Sé una que quizá le interese más que la de la apuesta sobre «Pijama».

—Adelante, soy todo oídos.

—Una vez había un exboxeador que contrató una póliza de cien mil dólares sobre su vida. Resulta que este hombre se retrasó en el pago de las primas hasta el punto de que llegó a deber quince mil «pavos». De pronto, un buen día liberó la póliza pagando los atrasos. —Guardé silencio mientras inquiría—: ¿Qué le parece, O'Leary? ¿Continúo o le parece demasiado aburrido?

—Prosiga.

—El exboxeador de nuestra historia empezó a hacer las cosas raras a partir de entonces. Alquiló un apartamento, pero lo hizo con nombre supuesto, y allí se encerró a cal y canto. Apenas salía a la calle, únicamente el tiempo imprescindible para comprar sus provisiones. Y como única compañera tenía una estupenda pistola.

Oí detrás de mí las pisadas del elefante, pero no me volví, sino que dije:

—Dígale a Leonard que fuera me están esperando.

O'Leary hizo una señal a Leonard y éste se quedó quieto.

—Como iba diciendo —continué—, nuestro héroe, el boxeador, las estaba pasando moradas. Tenía metido el miedo en el cuerpo, pero lo gracioso de todo es que su temor quedó justificado.

—¿Sí? —inquirió O'Leary.

—Terminaron por cazarle y le soltaron dos pildorazos después de pegarle una paliza.

El gordo dejó otra vez el vaso en la mano de la rubia que no decía nada y se acercó a mí andando lentamente.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo, Darrow?

—Usted mandó a sus pupilos para que matasen a Ullman.

Soltó una risita y se metió el dedo índice en un oído.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión, Darrow?

—Ellos merodearon por el apartamento y por el barrio.

—¿Y qué? ¿Es que un ciudadano no puede ir donde el venga en gana?

—Sí, pero en el caso de nuestro boxeador hay algo raro. Él murió y Leonard y Andy son dos tipos con no muy buen historial. La policía se frotaría las manos de gusto si alguien fuese con el sople. Ellos tienen medios de hacer cantar en todos los tonos.

Hubo un largo silencio.

—Tiene usted bastante imaginación, Darrow —dijo al fin, O'Leary—. Eche una mirada a su alrededor. Este negocio da bastante dinero y yo no lo comparto con nadie. ¿Por qué iba a meterme en semejante lío? Por si le sirve de alivio le diré que estoy dispuesto a responder a cuantas preguntas me haga la policía. Se ha equivocado de dirección, amigo. Aquí no tiene nada que hacer.

De buena gana lo habría abofeteado pero no iba a conseguir nada con ello y abandoné la idea. Allí había algo que no marchaba. O'Leary no parecía hablar de boquilla. Creí estar sobre la verdadera pista y ahora ya no estaba seguro de nada. Me había ganado por la mano y, como él acababa de decir, allí ya no tenía que hacer.

De pronto, la rubia se movió para coger una pitillera que había sobre el bar y su rostro salió de la penumbra. Tenía una gran moradura en el pómulo izquierdo.

—Espero que otra vez tenga más suerte —dijo O'Leary, dando por terminada la entrevista.

Yo di media vuelta y me dirigí hacia la puerta sin despedirme. Leonard me abrió y, al ver su cara, me di cuenta de que su deseo hubiera sido «obsequiarme» con algún recuerdo personal.

Regresé a la mesa y me senté. Susan me observó con interés y luego dijo:

—Al parecer, te ha resultado bastante difícil.

—Peor que eso. Las uvas están demasiado verdes.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Supones que te detendrá el teniente?

—Estoy seguro. En cuanto se provea del oportuno permiso del FBI, que deje a salvo lo de la carta. Es posible que lo tenga en su poder a estas horas.

—¿Y entonces?

—Me veré en un gran apuro para demostrar mi inocencia. El griego declarará que estuve en casa de Ullman pocas horas antes de que éste muriese. Luego tendrán lo del recibo cobrado y no liquidado a Singer y, por último, lo de que yo soy el beneficiario de la póliza.

No valía la pena hacer mención de que debía entregar el dinero a la hija de Ullman. Cualquiera jurado lo tomaría como un recurso desesperado mío para escapar a la silla eléctrica.

—Tiene que haber algún escape, Scott.

Sonreía amigablemente y le cogí la mano por encima de la mesa.

—¿Cómo sabes que yo no lo hice? Después de todo, la hipótesis del teniente es bastante plausible.

—No, Scott. Tú tienes tus defectos, pero no eres un asesino.

—Estaba muy necesitado de dinero. Aposté con exceso últimamente en las carreras y perdí.

—Hubieses podido salir adelante con tu trabajo. Eres el mejor agente de seguros que tenemos. Lo he oído decir muchas veces a Singer.

Transcurrió un minuto sin que hablásemos.

—Creo que se nos ha agitado la fiesta —dijo ella al fin—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, será mejor.

En aquel instante mi cerebro estaba vacío de ideas. El fracaso de mi visita al Pinnacle Club me había dejado completamente desecho. Ahora no sabía por dónde continuar.

Pagué la nota y, después de recoger nuestros abrigos en el guardarropía, salimos a la calle. Levanté la mano para llamar a un taxi, pero ella se apretó junto a mí y dijo:

—Caminemos un poco, Scott.

Quizá fuese una buena idea. Echamos a andar por la acera. La

teníamos toda para nosotros. Apenas se veía un peatón. Creo que anduvimos durante una hora sin pronunciar palabra alguna.

De pronto, ella dijo:

—Ya hemos llegado, Scott.

Estábamos al lado de su casa.

Susan me miraba con el capuchón del abrigo cubierto de nieve. Era una auténtica monada. De pronto, me acordé de algo.

—¿Cómo le sentará a tu chico si se entera?

—Le diré que he salido con un huraño y viejo amigo.

—Lo lamento. Como compañero he resultado un desastre esta noche.

—Oh, no te preocupes. Te concederé el desquite. ¿Qué te parece mañana?

¿Mañana? ¿Qué pasaría mañana? Yo ya podría estar encerrado bajo la acusación de asesinato.

—No pienses en eso —me dijo ella, leyendo mis pensamientos. Y, de pronto, se puso de puntillas y me besó en la boca.

Luego subió por la escalera y, después de meter la llave en la cerradura, volvió la cabeza.

—Ya verás cómo todo sale bien, Scott. El teniente dará con el verdadero asesino y Danny Singer te pedirá que te quedes en la casa.

Me dirigió una confortadora sonrisa y desapareció.

Permanecí un rato abstraído, pero por fin eché a andar hacia mi casa. Siempre tengo la costumbre de atajar por una calleja y esta noche me metí por ella al tiempo que me daba por vencido. En aquel asunto de Ullman no haría nada más. El resto se lo dejaba al teniente.

Estaba por la mitad de la calle cuando oí un runruneo a mis espaldas. Me volví, descubriendo un coche que había enfilado hacia mí, llevando los faros apagados. El motor empezó a rugir mientras el vehículo ganaba velocidad. Por aquella parte no había ninguna puerta abierta, ningún lugar donde poder refugiarme. Eran casas antiguas, construidas poco después de la primera guerra mundial. Los bordillos de las aceras se levantaban sobre la calzada solamente unas pulgadas. Un coche podría zigzagrear allí con toda facilidad.

Yo sabía cuál era la intención del conductor del coche. Eché a correr hacia delante. Todo consistía en llegar a la esquina antes de

que me alcanzase. Mi corazón empezó a latir fuertemente. Sentía a mis espaldas que el coche duplicaba, quintuplicaba su velocidad. Lo tenía ya cerca. Era como una bestia que me quisiera coger para destrozarme. Juraría que sentí su tibio aliento sobre mi nuca.

Corrí más y más. Estaba llegando, pero el coche también estaba encima de mí y pronto me alcanzaría. Hice un esfuerzo sobrehumano. Vi que no llegaría a tiempo. Sería imposible. El ruido del motor me zumbaba en los oídos, me taladraba el cerebro. Di un salto para alargar mi agonía. Era mi única aspiración.

Caí sobre la nieve y salí disparado hacia delante, como si fuese una pelota de goma. Seguí resbalando por el blanco suelo hasta que di con un hombro en la pared del otro lado. Al propio tiempo chirriaron unos frenos y el coche que venía detrás crujió siniestramente desde sus ojos ciegos hasta la cola. Pude verlo mientras dejaba atrás la calle por la que me había perseguido. Creí que se estrellaría, pero el conductor, a quien no pude distinguir, demostró poseer una envidiable serenidad. El vehículo, dominado, obedeció el mandato de su dueño y siguió hacia delante hasta que desapareció en la oscuridad, doblando hacia la calle Cuarenta.

Me quedé allí, sentado en la nieve, pensando que había nacido otra vez. De la nariz me goteaba sangre y tenía un hombro magullado, pero aquello no era nada. Continuaba viviendo.

Me levanté y no quise limpiarme la nieve. A ella debía el continuar respirando.

Minutos después llegaba a mi casa, abría la puerta y ascendía por la escalera.

Entré en mi apartamento y lo primero que hice, tras quitarme la chaqueta, fue lavarme la cara. Permanecí un rato con la cabeza levantada echada hacia atrás para cortar la sangre de la nariz. Y estaba así y en mangas de camisa, cuando oí la puerta del apartamento que se abría.

Solté una maldición. ¿Por qué era tan imbécil? Acababan de atentar contra mi vida y no había tenido ni siquiera la precaución de cerrar mi cuarto con llave.

El cuarto de baño comunicaba directamente con el *living-room* y *salí*.

Allí estaba ella, la rubia que no había despegado los labios en el despacho de Gower O'Leary y que ahora, posiblemente, tampoco

necesitaría pronunciar palabra alguna. No, no era preciso.

Sobre el vestido de lame oro llevaba ahora un abrigo de visen, pero también mostraba otra cosa que no había enseñado en el despacho del gordito.

Una bonita pistola, calibre treinta y ocho, con la que me estaba apuntando y de la que de un momento a otro saldría un pedacito de plomo que acabaría con un estúpido mortal llamado Scott Darrow.

CAPÍTULO VIII

—Al parecer el señor O'Leary se ha tomado mucho interés por mí —murmuré sin apartar los ojos de la pistola.

—No puede tener una idea de lo que pasó después de que usted se marchó —repuso ella—. Gower estalló. Usted no conoce sus arrebatos. Es una verdadera fiera. Cuando ello ocurre es mejor estar a unas cuantas yardas lejos de su lado. —De pronto se dirigió hacia la ventana y, pegándose a la pared, miró hacia la calle levantando los visillos.

Yo para entonces tenía el ceño fruncido. Se volvió hacia mí y se dejó caer en la cama con un suspiro, poniendo la pistola a su lado.

El giro insospechado de la representación me satisfizo. Un momento antes yo no daba por mi vida ni un centavo.

Saqué el paquete de Cigarrillos y le ofrecí uno. Encendimos y, después de arrojar la primera bocanada de humo, ella dijo, mirándome:

—Debe pensar que estoy loca.

—Nada de eso, pero me gustaría saber las razones que ha tenido para dar este paso.

Sonrió amargamente.

—¿Razones? —Me mostró el pómulo amoratado de su cara—. ¿Qué le parece esto? Aquí tiene una de ellas. —Hizo un movimiento brusco y, se despojó del abrigo, doblóse hacia delante y mostróme la espalda desnuda.

Una de las costillas tenía una marca que todavía no había cicatrizado. Era, sin lugar a dudas, de un latigazo. Luego se enderezó y dijo:

—Ésta es otra razón.

—¿Gower?

—¿Qué otro podía ser? Es un sádico. No tiene derecho a la vida.

—¿Cómo se unió a él?

—Hace cosa de un año caí por su club, contratada para trabajar como vocalista. Yo le gusté y él no me pareció, en principio, un mal negocio. Tenía cuántos regalos quería, cuántos caprichos se me ocurrían, pero luego recibí mi castigo. Prometió casarse enseguida, pero lo que hizo fue humillarme. Nadie sabe hasta qué punto lo ha hecho.

Guardó un silencio y yo le respeté paseando por la habitación. Al fin me enfrenté de nuevo con ella.

—¿Y por qué no ha roto con él? ¿Por qué no lo ha dejado?

—¿Cree que eso es posible? No, señor Darrow. Gower no es de esos. Todavía tengo cierto atractivo para él. A veces leo en sus ojos el deseo de desprenderse de mí y ese pensamiento me llena de dicha. Pienso que, al fin, voy a ser libre de nuevo, pero basta que él observe que un hombre me mira con curiosidad, para que desista de su decisión y estreche más la cuerda que me tiene puesta al cuello.

Pensé que había encontrado una aliada importante. Ella odiaba a O'Leary más que a ningún otro ser en el mundo y consideré que me podría decir muchas cosas importantes. Estaba ávido por conocerlas y ella me comprendió, porque, enseguida, dijo:

—Usted está en el buen camino, señor Darrow. Kid Ullman y Gower eran amigos íntimos.

Sentí las fauces secas.

—Perdone que no la haya recibido como merece.

—Llámeme Debbie.

Fui a mi dormitorio y regresé con una botella de *whisky* y dos vasos. Bebimos un trago.

—Hábleme de Kid y de Gower —le pedí luego.

—Kid era un intermediario de Gower.

—¿En qué?

—Cocaína.

Encanuté los labios y lancé un silbido. La cosa se ponía cada vez más interesante. Cogí una silla y me sentó a horcajadas frente a ella, con el vaso en una mano y el cigarrillo en la otra.

—Kid —empezó a decir ella—, era Uno de los agentes que se ponía en relación con los introductores del estupefaciente. Recogía la mercancía y pagaba. Naturalmente, Gower tenía que proporcionarle el numerario para liquidar cada operación. Hace cosa de cuatro o cinco meses, Kid Ullman demoró la entrega de

mercancía por valor de veinticinco mil dólares. Alegó a Gower que los introductores estaban pasando una crisis porque la Brigada de Narcóticos pegaba fuerte. Por ello habían acordado no realizar ninguna operación en gran escala hasta que transcurrieran unas cuantas semanas y las aguas se calmasen. Gower aceptó, en un principio, la excusa, pero luego, transcurrido más de un mes, Kid seguía con la misma canción, y empezó a sospechar. Llegado a ese punto hizo sus averiguaciones y comprobó que Kid le había engañado. Entonces le mandó a un par de hombres que le trajeron a su despacho. Kid cantó de plano. Dijo que no había tenido más remedio que cancelar algunas deudas pendientes, pero que en un plazo breve devolvería los veinticinco mil dólares que le había sustraído. Transcurrió más tiempo. Gower había establecido una vigilancia permanente cerca de Kid, pero un día éste logró escabullirse. Gower se volvió como loco. Contrató más de cincuenta hombres para buscarlo. Se gastó un montón, de billetes telegrafando a América, a Australia, a Europa. Tenía el temor de que Kid hubiese embarcado con nombre supuesto. Ya no era por los veinticinco mil dólares. Gower no puede tolerar que otra persona lo engañe. Él se cree el más listo de todos. Según ha dicho muchas veces, él está en lo alto de la montaña y todos los demás se arrastran a sus pies. Al fin, sus esfuerzos se vieron recompensados. Hace cosa de cuatro días localizaron a Kid. Vivía en un modesto apartamento con el nombre de Connolly. Gower fue en persona a verle acompañado por sus guardaespaldas. Tuvieron que utilizar un truco para que Kid abriese la puerta y luego cayeron sobre él. Le pegaron una paliza y Gower le dio un plazo de tres días para que le devolviese el dinero. Le dijo que si no entregaba hasta el último centavo de los veinticinco mil le volaría la cabeza.

Debbie se tomó un respiro. La historia era completa y el cuadro de lo más real. Todo encajaba perfectamente.

—Anoche finía el plazo. Yo estaba con Gower en su despacho cuando dio la orden a Leonard y a Andy de que le hiciesen la visita de rigor a Kid. Recuerdo sus palabras: «Ya os he dicho lo que tenéis que hacer, muchachos». Leonard y Andy asintieron. Gower me quiso hacer salir, pero logré quedarme con él, haciéndole compañía. Alrededor de las doce regresaron sus dos matones resplandecientes de orgullo. Leonard fue el que dio el informe: Andy entretuvo a Kid

en la puerta, invitándole a que abriese, cosa que, naturalmente, Ullman no quería hacer, y Leonard, entretanto se coló en el apartamento. Utilizó la escalerilla de incendios. Así cogió a Kid por la espalda. Luego, Leonard dijo que Kid había recibido su merecido. Gower, que hasta entonces había estado muy nervioso, sacó un cigarro de los que se fuma en los grandes acontecimientos y él pegó fuego.

—¿Nada más, Debbie?

—Eso es todo.

—¡Demonios! —exclamé poniéndome en pie—. Si usted está dispuesta a repetir eso ante un representante de la ley, tenga por seguro que Gower, Andy y Leonard olerán a tostado antes de poco tiempo.

Yo sabía que había llegado a la parte más delicada de la cuestión. ¿Tendría ella el suficiente valor para repetir la historia delante del teniente Bergerac?

—Gower no permitirá que yo declare contra él en un juicio. Antes me matará, señor Darrow.

—La policía le prestará toda su protección.

—¿Cuántas veces, antes de ahora, ha prestado su protección, sin que por ello haya podido evitar la muerte del testigo?

No tuve más remedio que concederle la razón. Los tipos como Gower O'Leary se hallan instalados en un recinto amurallado, se burlan de la ley cuantas veces quieren y en su odio contra esta echan mano a cuántos recursos les son viables, llegando a la corrupción, al crimen...

¿Pero qué otra cosa podía hacer yo?

—Escuche, Debbie —le dije—. Yo he sido acusado de la muerte de Kid Ullman. Por una serie de casualidades he caído en una trampa que yo mismo me he tendido. Están las cosas de tal forma que, posiblemente, sólo su testimonio me podría salvar.

Debbie se mordió el labio inferior y estuvo pensando durante un rato. Finalmente, me dijo:

—De acuerdo, creo que no tengo mucho que perder. Después de todo, mi vida con Gower es un infierno. Si lo condenan servirá para que yo inicie una nueva vida y, si no es así, de todas formas será mi muerte, porque no estoy dispuesta a continuar con él.

—¡Estupendo! —exclamé y corrí a ponerme la chaqueta—.

Iremos a hablar con el teniente Bergerac ahora mismo. Si es necesario, le montaré una guardia especial. No me apartaré de su lado hasta el día en que se celebre el juicio. Dormiré a la puerta de su dormitorio, la seguiré a dónde vaya y, antes de matarla a usted, tendrán que darme el pasaporte.

Se puso en pie y cubrióse con el abrigo. Descendimos la escalera. Yo delante de ella. Abrí la puerta de la calle y salimos fuera. Había dejado de nevar. La cogí del brazo y le dije que iríamos dos manzanas más arriba, donde había una parada de taxis, pero, de pronto, al llegar al primer chaflán, emergieron las sombras de unos hombres que estaban arrimados a la pared y una voz dijo:

—Tienen mucha prisa, ¿verdad?

Debbie y yo nos detuvimos y yo sentí que ella se estremecía, al tiempo que me clavaba las uñas en la mano. El dolor que me produjo me evitó el que yo también me estremeciese. Frente a nosotros se hallaban tres hombres, precisamente los tres hombres a quienes nosotros más debíamos temer.

Gower sonreía con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo de piel de camello. Entre los dientes sostenía una boquilla, a cuyo extremo humeaba un cigarrillo. Leonard estaba a su derecha y a la izquierda había un hombre bajito, en cuyos ojos leí el despiadado deseo de matar. Cerca del bordillo de la acera había un coche negro.

CAPÍTULO IX

Gower O'Leary se quitó la boquilla de entre los dientes y dijo:

—No descompongan el grupo, ni tampoco alboroten. Leonard y Andy son dos chicos muy nerviosos que se sobresaltan por cualquier ruido.

No fueron sus palabras las que nos obligaron a permanecer allí quietos, sino la pistola que mostraba el grandullón.

Debbie continuaba temblando y ahora su respiración se hizo agitada.

—No es lo que tú crees, Gower —dijo.

—¿Qué es lo que yo creo, pequeña?

—Conocí a Darrow en otro tiempo —declaró la rubia con ingenuidad—. Nos encontramos a la salida de tu club y pensamos recordar un poco.

—¡Qué emocionante! —murmuró Gower.

La chica y yo nos encontrábamos en una situación muy apurada, pero lo peor de todo era que no se me ocurría nada para que saliésemos airoso.

—¿Qué es lo que se propone, Gower? —pregunté yo.

Me miró fijamente y repuso:

—A lo largo de mi vida me he topado con individuos con más agallas que usted, Darrow. Fulanos que intentaron zancadillearme, pero ninguno lo logró. Usted ha querido correr demasiado.

—Podemos llegar a un acuerdo, Gower —dije, por ganar tiempo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Me dejan ir a dormir y yo no les he visto.

O'Leary echó la cabeza hacia atrás riendo, y la grasa de su cuello le saltó bamboleante. Luego dijo:

—No, me obligue a pensar que es usted un ingenuo, Darrow. Me decepcionaría.

—Si ordena a uno de sus gorilas que haga fuego contra mí,

quedará demostrado que yo no maté a Kid Ullman.

—Su cerebro no funciona demasiado bien esta noche, amigo. — Me contestó—. Para su conocimiento le diré que Kid se relacionaba con gente de la peor calaña. Ya debe saber, por Debbie, qué es lo que hacía Ullman para mí. En el negocio de los estupefacientes se da cita la peor gentuza. Cualquiera de los amigos de Kid ha podido cargárselo a usted. A estas horas, el teniente Bergerac debe conocer al dedillo la vida de Ullman y cuando esté en presencia del cadáver de Scott Darrow deducirá que usted, de una manera o de otra, era un eslabón de la cadena. Todo está preparado para ello.

De pronto, se oyó un portazo y tres casas más arriba un hombre bajó una escalera. Yo corté la respiración. Aquel desconocido podía ser nuestra salvación, pero no había tenido en cuenta la rapidez mental de O'Leary, el cual, después de volver la cabeza, me miró diciendo:

—Métase esto en la sesera, Darrow. Somos un grupo de ciudadanos alegres. Vamos, acérquese a Leonard y ría cuanto pueda.

Él mismo dio el ejemplo soltando una carcajada. Estábamos en la acera, interrumpiendo el paso, y el sujeto trasnochador se tuvo que bajar a la calzada para no tropezar con nosotros. Leonard rió, mientras me clavaba la pistola en un riñón, y yo tuve que soltar otra carcajada para hacerles el juego. El desconocido dobló por la esquina y sus pasos se fueron perdiendo poco a poco en la lejanía.

Entonces, Leonard me pegó un empujón y retuvo a su lado a Debbie.

Gower volvió a mordisquear la boquilla, mientras murmuraba:

—Llévatela al coche, Andy.

El pequeñajo emitió un gruñido y, cogiendo a la rubia por el brazo, se la llevó al sedán. Al poco regresó Andy solo.

—No tiene escapatoria, Gower —le dije como último recurso—. Fui a su club con una muchacha honesta y se lo conté todo antes de entrar. Si usted me liquida, le pescarán.

—No le vale el cuento —contestó—. Esa muchacha le servía de testigo para el caso de que allí hubiera ocurrido algo, pero aquí no está. ¿Se da cuenta, Darrow?

Ya no le queda cuerda.

Leonard levantó una pulgada la pistola y su ojo negro me miró

al pecho. Yo estaba junto a la pared y ellos formaban el pelotón de ajusticiamiento. Me vino a la imaginación que los que van a sufrir la última pena solicitan una última gracia.

—Está bien, Gower, usted gana.

—Buen muchacho —murmuró sonriente.

—¿Puedo encender un cigarrillo antes de que me zurzan a balazos?

—¿Cómo no?

—Se me acabaron los míos —me excusé.

—Dáselo Andy —ordenó.

El alfeñique se me acercó, mientras buscaba en uno de los bolsillos del abrigo. Había procurado ponerse de lado para no cruzarse en el camino entre Leonard y yo. Él mismo me puso el cigarrillo en los labios y aplicó la llama al extremo. Di una chupada.

De repente, con toda la rapidez que me fue posible, agarré por la muñeca a Andy, le di un tirón, colocándolo en el sitio preciso para que recibiese la bala de Leonard, pero éste, naturalmente, no hizo fuego. Entonces golpeé con el puño en la mandíbula al pequeñajo y éste fue a chocar contra su compañero. Los dos se derrumbaron sobre la nieve, soltando maldiciones. A Leonard se le escapó la pistola de la mano, y al chocar con el piso helado, saltó, yendo a caer al otro lado de la calle.

Gower empezó a buscarse el revólver que, indudablemente, llevaría en la sobaquera, pero yo le impedí sacárselo, lanzándome contra él. Primero, le pegué en el hígado y cuando se dobló boqueando, le incrusté el dorso de la mano en el cuello. Soltó un grito, como el de un puerco cuando le hincan el cuchillo, y se desplomó. Le di a las piernas y corrí hacia el sedán. No se trataba solamente de que me salvase yo, sino de huir con Debbie a la que Gower haría objeto de su venganza si la dejaba en sus manos.

Pero cuando abrí la portezuela delantera, sentí que caía sobre mí algo así como un rascacielos. Una poderosa mano me cogió por el cuello y me golpeó la cabeza contra el cristal. Me volví, lanzando un juramento, y Leonard aprovechó el instante para hundirme su puño en el estómago. Me arqueé, creyendo que me partía en dos. Aún hice un esfuerzo y le propiné un rodillazo en el bajo vientre. No le gustó, porque se volvió a caer, pero yo ya había perdido mi oportunidad. Andy llegó corriendo y, enseñando los dientes, me

apuntó con la pistola.

—¡Anda, muchacho, inténtalo otra vez y te dejo seco aquí mismo!

No tenía nada que hacer y me encogí de hombros. Al menos, me quedaba la satisfacción de que, por unos instantes, les había puesto las cosas difíciles. O'Leary vino hacia mí, mostrando en la palma de la mano la boquilla partida en dos pedazos.

—¡Maldito perro! —exclamó sin poder contener su furia. Sus ojos brillaban cruelmente y recordé las palabras de Debbie respecto a él y a sus arrebatos. En aquel momento deseaba hacerme picadillo.

—¡Sujétalo por detrás, Leonard! —ordenó con la mandíbula colgante y todo el aspecto de un esquizofrénico.

—Con mucho gusto —dijo el aludido y, pasando a mis espaldas, me sujetó por bajo los costados de forma que apenas podía moverme.

—¡Cuidado con sus piernas! —dijo Andy.

—¿Las piernas? —inquirió O'Leary—. Ya le enseñaré yo.

Sacó la pistola y, metiendo la mano en el bolsillo del abrigo, le colocó un silenciador.

Estaba yo observando su operación, cuando, de pronto, levantó la mano y me descargó un culatazo junto a la oreja.

Lancé un grito de dolor y las piernas se negaron a sostenerme, pero allí estaba Leonard para evitar que cayese.

Oí la voz de Gower.

—Aquí tienes mi primera respuesta... y ahora, la segunda...

Me golpeó de nuevo y esta vez me partió el labio. El dolor era tan grande que creí volverme loco.

—Y aquí tienes la tercera...

Ahora me tocó el mentón y tuve la impresión de que me lo hendía en dos mitades.

Empecé a perder el conocimiento, pero antes de ello, oí algo así como si alguien aullase desafortadamente. Aquel sonido prolongado se me metió en los oídos y me laceró la mente.

Luego, nada, el final, el caos.

CAPÍTULO X

Una voz cerca de mi dijo:

—Traigan una taza de café. Ya recobró el conocimiento.

Unos pies se arrastraron y el ruido me hirió el cerebro. Era como si éste hubiese perdido las amarras y golpease contra las paredes del cráneo.

—Vamos, beba —dijo otra voz.

Sentí algo caliente en los labios y luego se me llenó la boca de amargura. Me lo daban sin azúcar, para que me recuperase más pronto.

No se equivocaron. Di un manotazo y la taza saltó disparada, haciéndose añicos en el suelo. Luego, abrí los párpados. Tras una nube esponjosa vi un rostro, el cual se fue aclarando. Era el del teniente Bergerac.

—¿Qué tal, teniente? —dije y solté un escupitajo.

El oficial se sentó a horcajadas en una silla frente a mí. Alguien encendió una lámpara y la luz me dio de lleno en el rostro. Yo chillé.

—¡Apaguen eso! ¡Maldita sea!

Pero la luz seguía allí, taladrándome los ojos, haciéndome explotar otra vez la cabeza. Di un gemido y cerré de nuevo los párpados.

—Está bien —dijo Bergerac—. Aparten la lámpara.

El de los efectos de luminotecnia debió quedar decepcionado. Probablemente, me había tomado simpatía y quería hacerme una demostración de sus facultades.

Al cabo de un rato miré otra vez al teniente y le di las gracias.

—¿Qué es lo que pasó? —pregunté como si yo no lo supiera.

—Usted y los de su banda pelaron. Le iban a liquidar cuando se asustaron al oír la sirena policíaca y emprendieron la huida.

—¿Les cazaron? —inquirí, esperanzado.

—No, pero da lo mismo, puesto que usted nos va a decir sus nombres. Ya irán cayendo.

No me gustaba. Aquel condenado oficial de policía seguía creyendo que yo era un personaje importante en el jaleo, siendo así que me encontraba en plena danza por pura casualidad. El teniente pidió un cigarrillo a uno de los tipos que estaban de pie y cuando encendió me dijo:

—Hemos estado investigando por ahí, Darrow, y ya tenemos la historia completa.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—¿Le interesa?

—Siento un hormigueo en los pies; como si fuese a ver el último filme de Kim Novack.

No tenían sentido del humor. Ninguno de los tres me agradeció la broma con una sonrisa.

—Kid Ullman estaba metido hasta las orejas en el negocio de estupefacientes —empezó a decir Bergerac—. Él compraba pequeñas partidas de «nievita» a Joe Rapid y a Huston Moretti. ¿Se da cuenta Darrow?

Sentí un escalofrío antes de que dijese las siguientes palabras:

—Y da la casualidad de que a Moretti le hizo usted una póliza de vida hace cosa de un año —concluyó.

De buena gana hubiese empezado a soltar imprecaciones. Era cierto que a Moretti le había hecho aquella póliza por cincuenta mil dólares, pero también era cierto que no tenía nada que ver una cosa con otra. Pero Bergerac me tenía a mí como víctima, y probablemente, estaría dispuesto a acusarme hasta de lo del Canal de Suez.

—Usted y Moretti debían trabajar juntos en este asunto, Darrow —prosiguió.

—No diga tonterías, teniente. Cada vez está más despistado. Traiga a Moretti aquí y se convencerá.

—¿Cree que será sencillo? Se largó a Buenos Aires en un avión, hace menos de dos horas. Probablemente usted le avisó de que el barco empezaba a hacer agua.

—¡Por todos los infiernos, teniente! ¿Por qué no me deja decirle quiénes eran las personas que pretendían liquidarme cuando ustedes llegaron?

—¿Quiénes?

—Gower O'Leary, el dueño del Pinnacle Club y dos de sus secuaces.

—No me diga —sonrió, escéptico.

Me armé de paciencia y le contó la forma en que había llegado hasta O'Leary y todo lo que había ocurrido durante aquella noche, hasta el momento en que creí que me enviaban al otro mundo.

Cuando terminó mi relato, Bergerac se me quedó mirando con el ceño fruncido.

—No se puede negar que tiene usted inventiva, Darrow.

Meneé la cabeza de un lado a Otro.

—¿Cree que puedo inventar algo, si lo que tengo sobre los hombros es un huevo a punto de ser cascado?

Dudó todavía unos instantes, y finalmente, se puso en pie diciendo:

—Está bien, vamos a acercarnos al Pinnacle Club y usted va a venir con nosotros. Comprobaremos ese cuento, pero le diré una cosa: Rece porque le resulte verdad. Tengo en mi poder la oportuna autorización del F.B.I., para presentar la carta de Ullman contra usted ante cualquier tribunal.

Minutos más tarde corríamos, en aquella madrugada fría, hacia el *cabaret* de Gower O'Leary. Bergerac ordenó que no se hicieran sonar las sirenas.

Penetraron en el local sin apresuramientos. Todavía había mucha gente allí, puede que más que cuando estuve con Susan, pero era otra clase de público. Todos chillaban, y al parecer, ésta era una condición indispensable para divertirse. Procuré que el tipo porcino del bar no tuviese tiempo para apretar el botón que conectaba con la dirección. Irrumpimos en el despacho. Yo abría marcha.

Gower O'Leary se hallaba sentado ante una mesa, trabajando sobre unos papeles. Levantó la cabeza con las cejas enarcadas, como si nosotros le hubiéramos interrumpido en una faena difícil.

—Traigo esta vez compañía conmigo, O'Leary —le dije.

Miró a Bergerac y a los policías que había detrás y se levantó sonriendo.

—Demonios, teniente, hace un sinfín de tiempo que no le veía. ¿Qué tal le va?

Cambiaron un apretón de manos y yo me senté en el borde de la mesa y me volví hacia ellos, diciendo:

—¿Por qué no se deja de preámbulos y nos trae aquí a Debbie?

—¿Debbie? —inquirió.

—Sí, la rubia. El teniente siente enorme interés por lo que pueda decir a ella acerca de cierto asunto.

Ahora iría a decir que no conocía a la tal Debbie, o que, por lo menos, hacía tiempo que no la veía. Por ello me sorprendió al responder:

—Creo que se fue hace un rato a arreglarse el pelo, pero no puede tardar. Precisamente quería invitarla a tomar una copa en mi bar. ¿Quieren sentarse entretanto usted y sus hombres, teniente?

Bergerac me dirigió una furiosa mirada. Creía que le estaba haciendo perder su tiempo y yo empezaba a sospechar que «las uvas seguían estando verdes».

O'Leary cogió una caja de habanos y la pasó por delante de todos los invitados. El teniente aceptó un cigarrillo y uno de los policías otro.

De pronto, la puerta se abrió y entró en la estancia Debbie. Yo salté de la mesa y la miré como si fuese la última mujer que quedase en la tierra. Para mí, en realidad, lo era.

—Querida, ven, te voy a presentar a unos amigos —dijo Gower.

Ella se adelantó y el contrabandista fue señalando a cada uno.

—El teniente Bergerac, de la Brigada de Homicidios, y dos de sus hombres. Éste es Scott Darrow, agente de seguros.

Me quedé frío cuando ella me miró, como si no me conociese, murmurando.

—Tanto gusto, señor Darrow.

Tenía perdida la batalla antes de empezar.

—Escuche, Debbie —le dije—. Puede contárselo todo al teniente. Se la llevará con él y O'Leary no podrá hacerle nada. Es su gran oportunidad. No volverá a tener otra.

Debbie me miró a mí y luego a O'Leary, se humedeció los labios con la lengua y repuso:

—No sé de qué me está hablando, señor Darrow. Debe haber bebido unas copas de más.

El despacho quedó envuelto en silencio y, de repente, Bergerac vino hacia mí y me cogió del brazo.

—Se ha cubierto de gloria, amigo —dijo con brusquedad—. Pero le aseguro que ya no hará más payasadas.

Hizo una seña a sus subalternos y éstos se pusieron en movimiento hacia la puerta.

—Lo siento, señor O'Leary —dijo Bergerac.

—No hay de qué, teniente. Venga otro día por aquí, sin tanta prisa. Ya sabe que siempre es bien recibido.

Gower me dirigió una fría mirada mientras Bergerac me empujaba hacia la salida.

Una vez fuera del local, nos metimos en el coche y éste se puso en movimiento, sin que el teniente diese dirección alguna. Yo estaba cansado y pensé que no valía la pena luchar de nuevo, de modo que descansé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

—No ha tenido suerte. —Oí que decía el teniente.

—¡Al diablo con usted! —respondí sin moverme—. Ande, siénteme en la silla, tuésteme como usted quiere y luego solicite una medalla o un ascenso. Será el trabajo más meritorio que habrá hecho en su vida. Compadezco al fulano que caiga en sus manos.

Sentí cómo se inclinaba hacia adelante y le decía algo al conductor. Luego, todo quedó en silencio de nuevo.

Al cabo de unos veinte minutos el coche se detuvo con rechinar de frenos.

—Baje, Darrow —me ordenó Bergerac.

Descendí del vehículo y el teniente lo hizo a continuación.

—Necesita descansar —me dijo.

Entonces me di cuenta de que estábamos ante la puerta de mi casa.

—¿Qué significa esto, Bergerac? —pregunté completamente confuso.

—No saque consecuencias erróneas, Darrow. Sólo le voy a dejar dormir por esta noche en su casa. Ya sé que no se marchará de la ciudad.

No dio más explicaciones. Se metió en el coche y éste arrancó, dejándome allí solo. No sé lo que pretendía Bergerac con aquella maniobra, pero estaba ahora seguro de lo que yo iba a hacer. En lugar de dirigirme a mi casa, empecé a caminar en dirección opuesta y, al cabo de quince minutos, llegué a una parada de taxis que hay cerca de un bar. Me metí en éste. Varios conductores

tomaban bollos con café con leche.

—Hola, Tim —saludé a un hombre de nariz puntiaguda y frente ancha.

Tim volvió la cabeza y, al reconocirme, exclamó:

—¡Caramba, señor Darrow! Cuánto tiempo hace que no le veía.

Me dirigí a una mesa y él vino detrás de mi trayendo su café con leche y se sentó a mi lado.

—¿Estás libre, Tim? —le pregunté.

—Seguro que sí.

—Bien. —Hice una pausa y saqué el paquete de cigarrillos. Fumamos los dos y yo dije—. Creo que la última vez me hablaste de que te habías conseguido un «quitapenas», por aquello de la ola de atracos a taxistas.

Me miró con cierta precaución.

—Es cierto, siempre la llevo conmigo, sobre todo cuando trabajo de noche. ¿Qué se trae entre manos, Scott? ¿Está a la gresca con alguien?

—No te preocupes. Es sólo por pura precaución. Tú me dejas el arma y todo lo demás corre de mi cuenta.

Tim puso una cara compungida.

—¿No me irá a buscar líos? Ha de tener en cuenta que tengo mujer y cinco hijos.

—Te doy mi palabra de que no ocurrirá nada.

Vino el mozo y pedí un *whisky*. Me calenté un poco el estómago y para entonces Tim ya había terminado con su refrigerio y nos dirigimos al coche. Yo me senté detrás y él delante y entonces giró hacia mí y me alargó el arma. Era un feo revólver calibre treinta y ocho, que debía de hacer un ruido infernal cada vez que se apretase su gatillo. Pero yo no pensaba gastar una sola bala de su cilindro.

—¿Adónde vamos, patrón? —me preguntó con voz preocupada.

—Al Pinacle Club, pero ve por la parte de atrás y procura no ponerte en un sitio muy visible.

Media hora más tarde nos encontrábamos en una calle oscura, desierta, esperando.

Yo tenía la mirada fija en la salida posterior del local de Gower O'Leary. Cabía la posibilidad de que los pájaros hubieran emprendido ya el vuelo, pero las cosas habían venido así y era mi riesgo que tenía que correr. Estuvimos esperando unos veinte

minutos y, ya serían las tres de la madrugada, cuando se abrió la puerta y apareció un tipo. No era nadie que me interesase y lo deje ir.

Transcurrieron otros quince minutos y se abrió de nuevo la puerta. Esta vez era Leonard el que salía. Reconocí su voz mientras hablaba con alguien que estaba dentro.

—Hasta mañana, Mimí —dijo.

Leonard echó a andar por la calleja y yo susurré a Tim:

—Ése es nuestro hombre, pero no te pongas en marcha hasta que haya doblado, y procura no hacer ruido. No quisiera que se espantase.

En cuanto hubo desaparecido a lo lejos, Tim cumplió con su cometido a la perfección. El coche se deslizó suavemente y, al doblar, nos encontramos a unas quince yardas del grandullón.

—Aprieta —le dije.

El coche zumbó un poco y Leonard empezó a volver la cabeza, pero en ese momento abrí la portezuela y salté fuera. Yo tenía el revólver en la mano y apunté a mi hombre, mientras le decía rabioso:

—Anda, Leonard, intenta algo y te aseguro que te agujereo media docena de veces el estómago.

Interrumpió el movimiento de su mano y me miró con ojos muy abiertos, sorprendido.

—¿Qué es lo que quiere, Darrow?

—Vas a venir a dar un paseíto conmigo. Anda, entra. Pero antes te libraré de la artillería. Quiero que estés cómodo ahí dentro.

Le hice seña para que se volviese y, en pocos segundos, le despojé de su pistola. Luego, le cacheé para asegurarme de que no llevaba ninguna otra arma.

Penetramos en el coche y dije a Tim:

—Llévanos a cualquier sitio que esté poco transitado.

El coche se alejó de aquel distrito. Leonard resoplaba, porque tenía metido el miedo en el cuerpo. Es lo que les pasa a los tipos como él cuando se encuentran en peligro de muerte. Se las dan de valientes si son ellos quienes tienen la sartén por el mango, pero, en caso contrario, se deshacen como jalea.

Sabía que, cuanto más tiempo permaneciese yo en silencio, más nervioso se pondría y, al fin, no pudo contenerse y estalló:

—¡Está equivocado, Darrow!

—¿De veras? —repuse, mostrándole el morro del revólver—. ¿En qué estoy equivocado?

—Yo no soy su hombre.

—Tonterías, Leonard. Tú y Andy me habéis metido en un buen lío y, como no tengo nada que perder, quiero llevaros por delante antes de que me tuesten. A ti te ha tocado primero, pero ya le llegará el turno a Andy.

Observé su frente. Empezaba a transpirar sudor. Hizo una mueca y contestó:

—Usted no se atreverá a hacer eso.

—Claro que no. —Sonreí enseñando los dientes—. ¿Por qué había de hacerlo? Después de todo, está claro para la policía que yo maté a Kid Ullman.

—¿Y cómo le ha dejado libre el teniente?

—Llevaba el revólver escondido y ellos no tomaron la precaución de registrarme. Fueron cinco minutos estupendos. Yo los emplee bien para escurrir el bulto. Ahora me están buscando como locos, pero ya no me importará tanto si me cogen. Pagaré por una muerte, pero no por la de Ullman, sino por la tuya.

—¡Por todos los infiernos, Darrow! —exclamó, empezando a perder el poco valor que le quedaba—. Yo no he hecho nada de eso. Andy y yo no matamos a Kid.

—No estás ante un jurado, Leonard, sino ante un verdugo. De nada te valdrá esa sucia estratagema. Has sido condenado y estás muy próximo a la ejecución.

Creó con más fuerza en mis palabras.

Corríamos por los suburbios de la ciudad y nos dirigimos al campo. Echó una angustiosa mirada por la ventanilla y luego fijó sus ojos en los míos, mientras se le estremecía el labio inferior.

—¿Y si le cuento la verdad?

—Ya no me sirve. Es demasiado tarde.

—Lléveme ante el teniente Bergerac y prestaré una declaración en regla.

Me puse un cigarrillo en los labios con la mano libre y lo encendí. Quería dar la impresión de que me tenía sin cuidado cuanto dijese ahora.

—¿Me está escuchando? —inquirió.

—No, no te escucho —contesté con voz carente de emoción.

—¡Pues tiene que hacerlo!

Tim era un tipo inteligente y sabía que mi víctima estaba madura. Sacó el coche de la carretera y lo metió en la cuneta entre unos árboles. Yo apunté con el revólver al rostro de Leonard completamente pálido y dijo:

—Anda, muchacho, sal fuera.

Apoyó las palmas de las manos en el asiento y balbuceó:

—Pero... esto es un asesinato.

—Es posible que lo sea, pero ya te he dicho que no tengo más remedio que matarte para quedar a la par. ¡Sal de una vez!

Abrió la portezuela y salió. Yo estiré la pierna para evitar que cerrase de golpe, estaba demasiado asustado para intentar la huida. Tim se quedó frente al volante.

—Anda, Leonard, dedica un cariñoso recuerdo al ser que más quieras —le dije al grandullón.

Él se pasó la mano por la boca y, echando el cuerpo hacia delante, dijo con voz temblorosa:

—Métase esto bien en la cabeza, Darrow. Ni Andy ni yo matamos a Ullman. Kid hizo una faena a Gower. Se le quedó con veinticinco mil de los grandes. Kid hacía de corredor de O'Leary en el asunto de la cocaína. O'Leary nos dijo a Andy y a mí que encontrásemos a Kid y le cobrásemos la pasta. Kid se justificó diciendo que había necesitado el dinero, pero que pediría un préstamo y saldaría la deuda con O'Leary. Establecimos un plazo, pero éste acabó y O'Leary no vio un solo dólar. Andy y yo apretamos más las clavijas. O'Leary concedió un nuevo plazo a Kid, pero volvió a fallar. Entonces, el patrón quiso presionarlo más para que soltase el dinero. Nos dijo que le hiciésemos una visita y que le pegásemos una buena paliza. Eso le obligaría a buscar de verdad el dinero. Es lo que hicimos anoche. Andy y yo fuimos a su casa. Utilizamos un buen truco.

Mientras uno estaba por la puerta principal, el otro subía por la escalerilla de incendios. Fue fácil apresarle. Luego, le hicimos bajar y le metimos en el coche que nos estaba esperando. Nos lo llevamos a un sitio que conocemos por haber hecho ya algunos trabajos similares. Es un terreno baldío que hay al final de la calle Cincuenta. Lo sacamos del coche y Andy y yo le maduramos bien.

—Pero él intentó luchar y entonces le tuvisteis que matar.

—Nada de eso. No opuso resistencia. Sabía a lo que iba y se comportó como los buenos. Le pegamos cuánto quisimos y luego le dejamos allí, sin conocimiento.

—¿Quieres que me crea esa historia?

—Es la auténtica verdad, ¿por qué había de mentirle ahora que me tiene acorralado? El jefe quería sus veinticinco mil. ¿Qué iba a adelantar con liquidarle? Y nosotros cumplimos con nuestro deber. Ya sé que es difícil de admitir. Nuestro propio patrón nos ha querido arrancar la piel, a Andy y a mí, porque también él ha creído que se nos fue la mano y liquidamos a Ullman. No es cierto. Todos están equivocados.

No tenía sentido. Aquel criminal sin conciencia, autor y cómplice a lo largo de su vida de mil delitos, me estaba tratando de convencer de que Ullman había sido asesinado por otra persona. Era más de lo que mi cerebro podía admitir.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¿Con quién te crees que estás tratando?

—Yo juro que he contado la pura verdad. ¿Por qué no ha de creermme?

—¿Y por qué, entonces, habéis intentado asesinarme por dos veces? ¿Por qué Leonard?

—El jefe no quería eliminarlo. Solamente lo decidió cuando Debbie fue a su casa. Pensó que ella le había contado las interioridades de su negocio. Debe reconocer que no tenía más remedio que hacerlo.

—Pero antes, cuando me echasteis el coche encima, él no sabía que Debbie había venido en mi busca.

—¿El coche?

Su rostro adoptó una expresión estúpida y sentí deseos de pegarle con la culata en la mandíbula.

—¡Sí, animal! —exclamé—. El coche que tirasteis sobre mí cuando me dirigía a mi casa. Fue una bonita carrera. Yo, pegándole a las piernas mientras, vosotros, os divertíais.

—No sé de qué me está hablando, Darrow.

Probablemente, en ningún momento anterior su voz fue más auténtica y me quedé contemplándole, mientras las ideas me bullían en la cabeza.

Al cabo de un rato oí que le decía:

—No éramos nosotros, Darrow. Puede estar seguro. Cuando ustedes salieron de la casa apenas hacía un momento, que habíamos llegado el jefe, Andy y yo. Eso lo debe de haber soñado usted.

Ya había escuchado bastante.

De pronto, di media vuelta y me dirigí al taxi. Leonard quedó tan sorprendido ante mi gesto que balbuceó:

Me volví con la mano en la portezuela y le dije:

—Tendrás que volver a la ciudad andando, Leonard. No quiero mezclarme con cierta clase de gente.

Y después de decir estas palabras me metí dentro.

—Volvamos al punto de partida —le dije a Tim.

Poco después nos alejábamos de aquel lugar en que quedaba el grandullón de Leonard, el hombre que me acababa de abrir los ojos.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, dediqué cerca de una hora, de las nueve a las diez, a hacer llamadas telefónicas desde el bar de Joe.

Sobre las diez y media me dejé caer por el local en que me había entrevistado con Peggy Bartley y su novio, cerca de la librería en que ella trabajaba.

Ya me estaban esperando y cuando me aproximé a su mesa, Jimmy se levantó apresuradamente, tendiéndome la mano.

—¿Cómo le va, señor Darrow?

—No me puedo quejar —le repuse con una sonrisa y nos sentamos.

Peggy tenía ante sí un batido de fresa y me miró con ojos ingenuos, murmurando:

—No le comprendo a usted, señor Darrow.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Pensé que pasaría algún tiempo antes de que yo pudiese cobrar los cien mil dólares.

—La Harrison es una casa seria, señorita Bartley, y tiene por lema el hacer efectivas sus obligaciones.

—Hay algo que quizá olvida, señor Darrow. Mi padre le nombró a usted beneficiario bajo la promesa formal de que me reembolsaría el dinero. Sin embargo cuando apenas han transcurrido veinticuatro horas de su fallecimiento, me llama para decirme que debo personarme en las oficinas de la Sociedad para hacerme cargo del seguro.

—Me entendió usted bien por teléfono —convine yo.

—En tal caso, ha dado a la publicidad lo que mi padre quería que permaneciese en secreto.

—Lo he hecho por su bien, señorita Bartley —expliqué—. Ahora sé por qué su padre quiso que permaneciese ignorado lo relativo a su póliza.

—¿Qué es lo que sabe?

Jimmy Jones estaba dando cuenta de una pequeña fuente repleta de almendras y le ayudé a hacerlas desaparecer.

Miré a uno y a otro de hito en hito y dije:

—Lamento decírselo, señorita, yero su padre estaba metido en negocios no muy limpios.

—Le ruego, que tenga un poco más de tacto —me interrumpió Jimmy.

—No tengo más remedio que explicarlo a mi manera —me excusó.

—No se preocupe —dijo *Ferry*—. Hágalo como le parezca. Prefiero saberlo todo.

—Muy bien —asentí y, tras una pausa, continué en el uso de la palabra—. Su padre hacía de corredor en la adquisición de estupefacientes. Trabajaba por cuenta de un tal Gower O'Leary, propietario, entre otras cosas, de un club al que acude gente de la buena sociedad. Kid Ullman no hizo la inversión que debía con los veinticinco mil dólares que le entregó O'Leary. Hace unos meses, los empleó en liberar su póliza de vida, es decir, en ponerla al corriente.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque fue entonces cuando debió sentir curiosidad por el paradero de usted, de su hija, y una vez la identificó fue preso del remordimiento. Probablemente, examinó su vida anterior y llegó a la conclusión de que toda ella no valía el importe de los zapatos que llevaba puestos. A otras personas, antes que a él, les ha ocurrido lo propio. Entonces, quiso rectificar y se acordó de la póliza. Se imaginó que si se quedaba con el dinero de O'Leary, éste ordenaría a sus secuaces que le matasen. Así, pues, hacía un doble negocio: Ponía la póliza en vigor, y, al propio tiempo la dejaba en situación de hacerla efectiva.

Hice un alto en mi relato. Les dos me escuchaban atentamente. Jimmy había dejado de comer almendras y Peggy se mordía el labio inferior.

—¿Es posible que hiciese eso, señor Darrow? —inquirió ella.

—Puede estar segura.

—Pero eso era lo mismo que un suicidio.

—Debe tener en cuenta que, por desgracia, su padre no tuvo

oportunidad de adquirir unos fuertes principios morales. Salió del arroyo, fue boxeador y, en plena gloria, empezó a tener cerca de sí lo que hasta entonces se le había negado. Por ello fue por lo que usted vino al mundo. A su padre le salió todo mal desde que perdió su combate con Jimmy *el Marino*, pero su peor jugada fue la de relacionarse con Gower O'Leary. Este individuo pertenece a una de las faunas más peligrosas de la delincuencia. Utilizaba a su padre en cuanto le producía beneficio. Kid era su tapadera en el asunto de los narcóticos y cuando se le quedó los veinticinco mil dólares quiso cobrarlos a toda costa, como Kid había previsto.

Guardé silencio mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el hecho de que ahora se decida usted a hacer aparecer a Peggy? —preguntó Jimmy.

—La explicación es muy sencilla. He telefoneado a O'Leary y le he dicho que la hija de Kid Ullman cobrará hoy en la Harrison Insurance Company, cien mil dólares, pues por la muerte de su padre la póliza suscrita por él se hará efectiva. Naturalmente, O'Leary no faltará a la reunión para cobrar los veinticinco mil que se le deben.

—¿Y cómo va a acreditar él esa deuda?

—Kid me lo contó todo horas antes de morir —mentí yo—. Mi testimonio bastará para que O'Leary recupere sus veinticinco de los grandes, pero, naturalmente, lo que yo pretendo con ello es tenderle una trampa. Gower arrancó a Kid una confesión de su deuda, la cual exhibirá en nuestra oficina para poder cobrar.

—Muy ingenioso por su parte —dijo el prometido de Peggy—. Cuando O'Leary exhiba el documento se presentará la policía y se lo quitarán de la mano. Ella constituirá una prueba de que él ordenó la muerte de Ullman.

—Exacto —dije yo.

—¿Y cree que picará en el anzuelo?

—Está muy seguro de que todas las sospechas de la policía recaen sobre mí. Anoche, el teniente de la Brigada de Homicidios le hizo una buena demostración.

—En tal caso yo perderé los veinticinco mil dólares —dijo Peggy.

—Naturalmente, esa cantidad la debía su padre a O'Leary. Tendrá que renunciar a ella. Además, he de comunicarle que el acto

que va a tener lugar en las oficinas de la Harrison Insurance Company no se va a materializar enseguida en dinero. La Compañía lo único que hará será formalizar su situación, señorita Bartley. Luego, quedarán por verificar los detalles; es decir, la aportación del oportuno certificado de nacimiento de usted y la declaración de sus padres adoptivos. Sólo al cabo de tres o cuatro días, usted tomará posesión de sus setenta y cinco mil dólares.

Consulté el reloj y me levanté.

—Aún tengo que hacer unas cuantas cosas. Me tendrán que perdonar.

—¿A qué hora debemos ir a la oficina? —preguntó Peggy.

—Sobre las once y media —contesté, y, tras coger el sombrero que había dejado en una silla, les tendí la mano, cambiando un apretón con ellos y salí del local.

Cuando entré en el edificio donde se ubicaban las oficinas, me dirigí rápidamente al despacho de Susan y entré en él sin llamar. Susan estaba de espaldas a mí y se volvió sobresaltada. Estaba fumando un cigarrillo. La calefacción funcionaba a toda marcha y ella se había quitado la chaqueta. Mostraba los brazos desnudos y la falda del traje sastre la entallaba deliciosamente las piernas. Me detuve un instante contemplándola espléndida como una diosa. Ella adivinó lo que yo estaba pensando y dijo:

—¿Vas a lanzar un silbido como un colegial, Scott?

Cerré la puerta, me dirigí hacia su mesa y me senté al borde.

—Espera a oír unas cuantas cosas primero —murmuré.

Escondió las manos atrás e hizo un mohín, como el de una alumna cogida en falta.

—¿Va a ser muy duro? —preguntó.

Hice caso omiso de su pregunta y le señalé con el dedo índice.

—Esta mañana me he pegado un madrugón, preciosidad, y, ¿sabes para qué?

Meneó la cabeza en sentido negativo y yo dije:

—Necesitaba averiguar unas cuantas cosas.

—¿Y has conseguido enterarte de todo?

—De casi todo —dije—. Y uno de mis descubrimientos te atañe precisamente a ti.

—¡Santo cielo! ¿Qué es?

—Te lo diré más tarde, cuando haya terminado con lo demás.

—¿Y me vas a dejar con la duda terrible del qué será? ¡Oh, Scott, nunca supuse que tuvieras ideas tan malsanas!

Se acercó a la mesa para apagar el cigarrillo y su proximidad me turbó. Continuaba usando el perfume de dos años atrás. Se había agachado y mis labios casi rozaban su cuello. Era demasiado para mí. La cogí por la cintura, me levanté de un brinco y la apreté contra mí, besándola con ardor en los labios. Ella se dejó hacer por unos instantes y, de pronto, se separó.

—¡Oh, Scott! —exclamó—. ¿Qué pasaría si nos sorprendiesen? Tú ni siquiera eres ya empleado de la casa.

—No estés muy segura a ese respecto.

—¿Qué quieres decir? ¿Te han vuelto a admitir?

Saqué el pañuelo y me limpié los labios de carmín.

—¿Qué harías tú por cien mil dólares, Susan?

Había disparado mi pregunta a boca de jarro, sin mirarla siquiera y ahora, cuando levanté los ojos, descubrí su estupor.

—No, te entiendo, Scott.

—Olvidalo —dije—. Pero conviene que me contestes a una pregunta que me falta para completar el cuadro.

—Estás un poco raro esta mañana —comentó.

Yo sonreí irónicamente.

—Es posible que así sea, Susan, pero al menos no me han vuelto loco, que es lo que probablemente les hubiera ocurrido a otros tipos que hubiesen estado en mi pellejo.

—Creo que tengo un poco de frío —dijo y fue al perchero por su chaqueta. Se la puso y luego se acercó de nuevo.

—No sabía que Singer lo estuviese pasando tan mal —murmuró, cambiando definitivamente de tema.

—Pensé que estabas al corriente.

—No, Danny es muy reservado.

—¿Quién te lo ha dicho? —me preguntó.

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí, pero ella no aceptó la invitación.

—Llamé esta mañana al viejo Charles —declaré—. Me habían dicho que estaba enfermo. Desde hace dos semanas he tenido la intención de preguntar por él. Me he acordado de pronto y no he querido dejarlo para más tarde. Afortunadamente, ha pasado la crisis y, hablando precisamente de enfermedades, me ha contado lo

de la esposa de Danny. —Hice una pausa y añadí—: El corazón, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuándo se dieron cuenta?

—Hace cosa de dos meses. La operaron enseguida, pero tuvieron que intervenirla de nuevo al cabo de tres semanas. —Hizo una pausa y prosiguió—: Danny lo habrá sentido mucho. Es uno de esos hombres que están enamorados permanentemente de su mujer. No ha regateado esfuerzo alguno. Ha tenido que vender lo poco que tenía y meterse en deudas para poder hacer frente a los gastos.

—Sí, ha sido muy doloroso —dije yo.

Me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —me preguntó ella.

Giré sobre mis talones y le contesté:

—A hablar con él.

—¿Sobre tu asunto?

—Sí.

—¿No crees que deberías explicármelo primero a mí? —sugirió ella.

—No, Susan. Las cosas están así mejor.

Luego, salí definitivamente y me dirigí al despacho de Danny. Llamé y él mismo me autorizó la entrada. Estaba sentado ante su mesa de trabajo.

—Hola, Scott —me saludó.

Avancé hacia él y me detuve ante su mesa.

—¿Me entendió bien por teléfono? —le pregunté.

—Fuiste muy claro.

—Tenía que serlo.

—Sí, estas cosas son así —convino él y me miró fijamente—. Eso quiere decir que vas a continuar en la casa, ¿no es cierto?

—Puede que no me convenga.

—Cuando usé de mi influencia para que te contrataran sabía que yo no me equivocaba.

—Gracias —murmuré.

—No hay de qué darlas.

Frunció los ojos hasta casi cerrarlos y dio un manotazo al aire.

—El negocio de seguros es lo más parecido a una guerra entre piratas. Es de los más duros y tú eres bueno, Scott, tan bueno como

el mejor agente que haya podido conocer en mi vida.

Hubo un silencio. Danny me estaba haciendo la situación más embarazosa.

—Siento lo suyo, Danny —dije—. El viejo Charles me lo contó esta mañana. Nunca he sido muy sociable. Me asombra pensar que he estado unos años con usted y que no sabía nada de su vida privada.

—Yo también soy un poco individualista —sonrió él amargamente—. Pude decírtelo yo. ¿No te parece?

—¿No había otra solución?

—No. Fue definitivo.

—Lo siento —murmuré.

Lo observé con más atención y me di cuenta de que había envejecido. Nunca, hasta entonces, lo había mirado de aquella manera. Lo recordé en Chicago, cuando entró en el despacho de la Compañía en que yo trabajaba y me soltó, de buenas a primeras, que había leído con atención mis artículos en una revista del ramo y que había hecho el viaje desde Nueva York sólo para contratarme. No acepté su oferta porque me fuese simpático, sino porque los dólares son mi debilidad, lo mismo que para cualquier otro ciudadano. Llegamos a un acuerdo pronto. Y, sin embargo, ahora pensaba que nunca le había demostrado mi agradecimiento. En aquellos instantes hubiese deseado estrellar mi puño contra la pared para ver si me hacía un poco de daño. No merecía otra cosa.

En fin, ya estaba hecho.

Llamaron a la puerta y apareció Mildred, una de las chicas que aporreaban la máquina de escribir en la oficina adyacente al vestíbulo.

—Un tal señor O'Leary desea verle, señor Singer. Dice que ha sido citado.

—¿Viene solo? —pregunté.

—No, lo acompaña una joven.

Miré a Danny y le hice una seña.

—Hágalos pasar, Mildred. —Autorizó.

Poco después penetraron en el despacho Debbie y Gower.

Los dos estaban resplandecientes. Ambos debían de haber sometido sus caras al maquillador, puesto que apenas les quedaban señales de los golpes que recientemente habían recibido. Danny

salió a su encuentro y les saludó.

—Creo que ya conocen al señor Darrow —dijo después.

Gower me dirigió una helada mirada, mientras me enseñaba los dientes.

—Creo que siguió divirtiéndose anoche —murmuró—. Pudo haberlo dicho y le hubiese acompañado.

Yo no tenía nada que contestar y guardé silencio. Danny les ofreció sendos sillones y todos tomaron asiento; menos yo, que me quedé junto a la ventana.

Danny sacó una caja de cigarros, pero Gower rechazó la invitación.

—Creo que el señor Darrow le ha puesto al corriente del asunto, ¿verdad, señor O'Leary? —preguntó Singer entrando en materia.

—Sí —contestó el contrabandista—. Pero me temo que no me arrancarán una palabra hasta que llegue mi abogado. No debe tardar mucho.

Dio un bostezo y me miró:

—¡Oh, señor Darrow! ¡Cuánto siento ahora haberme olvidado!

—¿De qué? —inquirí yo.

Puso una mano en la pierna de Debbie y le dijo:

—¿Cómo has podido pasarlo por alto, querida? Teníamos que haberle invitado a nuestra boda.

—¿Boda? —repetí como un eco.

—Sí, señor Darrow. —Me contestó O'Leary—. Debbie y yo nos hemos casado hace apenas una hora. Precisamente interrumpimos la fiesta para venir aquí. Supongo que no nos harán perder mucho tiempo. Es una atención que debemos a nuestros invitados.

De buena gana me hubiera lanzado sobre él para convertirle la cara en pulpa. Se las daba de tipo listo y lo había sido en aquella ocasión. Siendo Debbie su esposa, el testimonio de ella contra él no valdría nada. De todas formas, yo debía intentar algo y sugerí:

—¿Me permite hablar con su mujer a solas, señor O'Leary?

Sus ojos brillaron sarcásticos.

—¿Por qué no, amigo Darrow? No soy un tipo muy celoso.

Miró a Debbie y dijo:

—Anda, querida, ve con él.

Me dirigí a una habitación adyacente y dejé a Debbie que pasase delante. Yo lo hice después y cerré tras de mí. La estancia se

utilizaba como archivo. Debbie se acercó a la ventana. Parecía una reina con su abrigo de piel de zorro y el *pendantif* de brillantes que lucía en el cuello. Inspiré profundamente y dije:

—Puede lograr el divorcio inmediatamente, probando que ha sido coaccionada por él para prestar su consentimiento.

Dirigió una mirada hacia el exterior y contestó:

—¿Quiéne quiere el divorcio?

Su respuesta me dejó, al pronto, estupefacto.

—Usted lo odiaba anoche más que a ningún hombre en el mundo —le recordé.

—Usted sueña, señor Darrow —me repuso ahora, mirándome con la barbilla erguida.

Todo estaba claro. Yo era un ingenuo. Aquella muchacha, como tantas otras de su clase, había conseguido al fin su objetivo: casarse con un hombre que quería. Y no le importaba el precio que pagaba por ello. En cierto modo, también tenía razón. Cuando Gower solicitase la separación, Debbie se marcharía de su lado, llevándose un buen pedazo de lo que contenía su caja de caudales. No tendría por qué preocuparse durante el resto de su vida. En fin, el asunto estaba terminado para mí y propuse:

—¿Quiere que volvamos?

Pasó junto a mí, ondulante como una tigresa, y regresamos al despacho de Danny.

Gower me miró irónicamente mientras decía:

—¿Todo arreglado, Darrow?

—Ha sido usted muy vivo, O'Leary. —Le contesté—. Pero quizá se le acabe la racha.

Emitió una risita y se retrepó en el sillón.

Danny Singer carraspeó, preguntando:

—¿Quiere entregarme el documento según el cual Kid Ullman confesó deberle esos veinticinco mil dólares?

Gower vaciló unos instantes, pero al fin echó mano a la cartera.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, y un tipo de manos enguantadas, abrigo de corte impecable, que portaba una gran cartera en la mano, penetró ladrando:

—¡No tienen derecho a hacer esto! ¡Presentaré una reclamación contra ustedes! ¡Les exigiré daños y perjuicios!

O'Leary se levantó, lanzando una sonora carcajada.

—Eso está bien, Timoteo —dijo al recién llegado y luego se dirigió a nosotros—: Amigos míos, les presento a Timoteo Barry, mi abogado, una lumbrera del foro.

El letrado nos miró atentamente a todos y luego exclamó, manteniendo los ojos fijos en Danny, a quien concedió la jefatura por el lugar en que se encontraba:

—¡Esto les costará caro, señor mío!

Danny se lo tomó con paciencia. Dio un suspiro y repuso:

—Hasta el momento presente no ha ocurrido nada que pueda considerar usted perjudicial para su cliente, señor Barry. Sólo hemos hablado, y puedo asegurarle que no se han pronunciado, en ningún sentido, palabras comprometedoras. Antes de que usted llegase le pedía al señor O'Leary el documento justificativo de la deuda que Ullman tenía contraída con él.

—¡No presente ese documento! —ordenó Timoteo, a su cliente—. Esto no es un tribunal. En todo caso, la única persona que debe conocerlo es la heredera de la víctima. ¿Está aquí?

—No; todavía no ha llegado —contestó Singer.

—Pues, en ese caso, retendremos el documento —sentenció el abogado con olímpico desdén.

—Como ustedes quieran —dijo Singer—. Siéntense.

Cada uno volvimos a ocupar nuestros asientos y el abogado se sentó cerca de Gower, con el que empezó a hablar en voz baja. Al cabo de unos minutos, apareció de nuevo Mildred, anunciando la llegada de la señorita Peggy Bartley.

Peggy entró un poco pálida, cubriéndose con un abrigo oscuro muy discreto. Jimmy también se había puesto a la altura del acto. Su traje era negro y su corbata marrón. Llevaba un sobretodo un poco claro al brazo. Yo les presenté a Danny y éste se encargó de que conociesen al resto de las personas que se hallaban allí. A continuación, Danny repitió a la hija de Ullman lo que yo le había dicho un par de horas antes. Ella dio la conformidad a todo y, por último, Danny exhibió un documento para que lo firmase. Esta vez, Jimmy se interesó más en el asunto y quiso saber qué era lo que iba a firmar Peggy.

Todo se deslizaba por sus cauces. No había ninguna razón sentimental por medio. Se trataba de un negocio, un auténtico negocio. Peggy no tenía por qué sentir la muerte de su padre. No lo

había conocido hasta unos pocos meses antes y, hasta el último momento, se había resistido a creer que ella fuese su hija. Si para ellos, Gower O'Leary era el asesino, la policía tenía la obligación de sentarle en el banquillo de los acusados.

Pero yo ya había esperado bastante. Después de que hubo firmado el documento, tiré al suelo el cigarrillo que tenía en la mano y lo aplasté con el pie.

—¿Satisfecho, Jimmy? —dije.

El prometido de la joven, con su aire de intelectual de vanguardia, me miró parpadeante.

—Nos vendrá muy bien el dinero, si es a eso a lo que se refiere. Ya sabe que Peggy y yo no podíamos casarnos. Mi sueldo es modesto en la oficina donde trabajo.

—Lo cual fue una buena razón para que usted matase a Kid Ullman —dije con voz opaca.

CAPÍTULO XII

Dejó de cerrar y abrir los ojos. Su frente se frunció.

—Nunca me han gustado las bromas macabras, señor Darrow —dijo puntilloso.

—Después de todo, sólo se trata de una hipótesis —repliqué—. ¿Tiene inconveniente en oírla?

No supo qué responder al pronto. Le radiografié el cerebro. El ataque le había pillado tan de sorpresa que estaba vacío.

—Atrévase —murmuró al fin.

—Peggy le comunicó a usted lo que le había confesado el hombre a quien ustedes conocían como Connolly. Era Kid Ullman, su padre. Usted quiso entonces hablar con él. Naturalmente, sólo le llevó la intención de aclarar aquel asunto. Así, pues, usted fue a la casa de Ullman. Él mismo le debió dar la dirección. Kid, no solamente le demostró que efectivamente era el padre de Peggy, sino que le comunicó la existencia de la póliza de vida por valor de cien mil dólares. Probablemente no pensó usted en nada entonces. Fue después, al correr los días, cuando esa hermosa cifra le empezó a quitar el sueño. Cien mil dólares son una buena cantidad para arriesgarse a cometer un asesinato. Esta idea fue, poco a poco, convirtiéndose en una obsesión para usted. Kid Ullman tenía que morir. Era necesario. Sin que Peggy lo supiera, usted le hizo unas cuantas visitas para intimar con él, hasta que al fin le habló de la situación creada entre él y Gower O'Leary, a raíz del fraude que Kid cometió con los veinticinco mil dólares que le había dado para cierta operación. Kid estaba asustado. Temía que los sicarios de O'Leary le matasen. Aquella crisis resultó estupenda para usted. Yo mismo fui a visitar a Ullman poco antes de que fuese asesinado. Estaba allí, bebiendo como un condenado. Pensaba que su final estaba cerca. O'Leary le había dado varios plazos y éstos se habían extinguido sin que pudiese devolver un centavo de la deuda. La

paciencia de O'Leary estaba llegando al límite. Usted le visitó también aquel mismo día y llegó a la conclusión de que no vería la luz del nuevo sol. Usted tenía que asegurarse de que Ullman moriría. Para ello utilizó una estratagema. Se las arregló de una manera u otra para quitarle la pistola sin que él se diera cuenta. Una vez lo consiguió, se despidió de él y salió. Así le dejaba a merced de los hombres que él temía. Luego se metió en su coche y se quedó esperando. Usted sabía que los matones de O'Leary sólo actuarían por la noche. —Hice una pausa.

El rostro de Jimmy era una máscara inexpresiva.

—Ha leído usted demasiadas novelas policíacas —comentó.

—Aún no he terminado —repuse yo, y tras inspirar profundamente proseguí—: Al fin, usted desde su observatorio vio llegar los cuervos de O'Leary. Apuesto a que debió sonreír a gusto. Usted creyó que le asesinarían, que le meterían en el cuerpo unas cuantas balas allí mismo, en el piso. Y esperó fumando un cigarrillo. Debí sorprenderse mucho cuando, al cabo de un rato, vio aparecer por la puerta de la casa a Ullman, escoltado por Leonard y Andy, los dos verdugos de O'Leary. ¿Qué es lo que había fallado?, se preguntaría.

—Está usted loco —me interrumpió de nuevo Jimmy con tranquilidad.

Pero yo hice caso omiso a sus palabras y continué:

—El coche que transportaba a Ullman arrancó y usted se fue detrás. Las órdenes que había dado O'Leary eran distintas a las que usted creía. Él sólo quería recobrar su dinero y, por lo tanto, pensó que Ullman debía recibir una paliza para que fuera más diligente en buscar la pasta. Pero eso no lo sabía usted y creyó que le iban a dar el paseo. El coche que seguía dejó atrás las calles concurridas y se internó en un baldío. Usted maniobró con su automóvil y, probablemente, dio la vuelta por la calle paralela. Así quedó más cerca del escenario. Seguramente oiría los golpes que le propinaban a Kid y esperó también oír de un momento a otro el estampido de una pistola. Pero esto no llegó. Los matones se marcharon y entonces usted se metió en el solar. Allí pudo comprobar que Ullman había perdido el conocimiento, pero que estaba vivo. No, aquello no le servía. Los cien mil dólares quedaban tan lejos como antes. No estaba dispuesto a aceptar aquella decisión del destino.

Usted tenía en su poder la pistola de Kid. ¿Qué ocurriría si le disparaba dos balas por la espalda? Seguirían siendo considerados como culpables de aquella muerte los hombres que le habían pegado la paliza. No vaciló más. Cometió su crimen, dejó caer el arma cerca del cadáver y se largó.

Después de pronunciar mis últimas palabras, el silencio que se hizo en la estancia fue tan intenso que se hubiese podido cortar a pedazos con un cuchillo.

De pronto, Jones lanzó una carcajada.

—Palabra que es usted grande, Darrow. No he conocido a nadie en mi vida con tanta imaginación. Admitiendo por un momento todo eso que usted dice, ¿cómo podía saber yo que Ullman le había nombrado a usted beneficiario horas antes de su muerte, con la condición verbal de que entregase el dinero a su hija?

—Ésa es otra de sus coartadas. —Le contesté, sin inmutarme—. Usted mismo fue quien le sugirió a Ullman la idea. Le instó para que eligiese a su amigo de confianza para que corriese con ese papel. De esa forma, si se descubría algo, usted quedaba completamente a cubierto. Por ello Ullman pensó en mí y telefoneó a la Harrison pidiendo que pasase por su casa para pagar el recibo que tenía pendiente. Cuando Kid me propuso el que fuese su beneficiario, habló de que alguien le había aconsejado al respecto. Naturalmente, ese alguien fue usted.

Jimmy saltó del sillón, apuntándome con el dedo índice de una mano.

—¡No estoy dispuesto a soportarle más, señor Darrow!

—Tiene usted poca cuerda. Aún le queda por oír algunas cosas.

Jimmy miró a Danny, gritando:

—¡Dígale que se marche! ¿No es usted su jefe?

—Sujete los nervios Jimmy o se venderá —le dije yo irónicamente.

Me miró con los ojos llenos de fuego y fue a replicar, pero era tanta su indignación, que no logró articular palabra. Yo entonces martilleé:

—Usted, Jimmy, llegó a la conclusión de que yo estaba metiendo las narices en la olla. No soy de esos que se conforman con lo que les cae encima. Me gusta defenderme, hacer uso de mis derechos. Usted lo comprendió perfectamente y cuando entregué a

Peggy la confesión de que el verdadero beneficiario de la póliza de Ullman era ella, firmó mi sentencia de muerte. Los cien mil dólares serían suyos aun cuando yo desapareciera del mundo de los vivos.

—No sé de qué me está hablando.

—Le refrescaré la memoria. Usted dedujo que yo conseguiría de O'Leary y sus hombres una confesión de que ellos no habían hecho más que dar un palizón a Kid y que así las cosas, proseguiría mi trabajo. Pero se daba una buena circunstancia. Scott Darrow era el culpable para la policía y Kid Ullman estaba metido en un negocio de estupefacientes. Si yo caía, la madeja se enredaba más todavía y jamás sospecharían de usted. La policía se dedicaría a buscar en los bajos fondos. Por ello se decidió a liquidarme y lanzó su coche contra mí cuando yo regresaba a mi casa anoche.

—¡Maldita sea! ¿Quién se ha creído que es, Darrow? ¡Todo eso no es más que una sarta de estupideces!

—Está cogido, Jimmy. —Le sonreí.

—¡Y un cuerno! ¡Usted no puede probar nada de lo que ha dicho! ¡Ni un solo punto!

—¿Usted cree?

Apretó los dientes y por un momento sus ojos brillaron triunfalmente. Luego dijo:

—¡Le desafío a que lo haga, Darrow!

Entonces me dirigí hacia la puerta y la abrí. El teniente Bergerac estaba en el pasillo, junto a Pouropópulos. Les hice una indicación con la cabeza y, poco después, penetraron en el despacho. Todos los que se hallaban dentro tenían la cabeza vuelta y Pouropópulos, tras detenerse, fijó sus ojos en los rostros que tenía delante. De pronto exclamó, señalando a Jimmy Jones:

—¡Ése es, teniente!

Inmediatamente saltó Jimmy:

—¿Quién es ese hombre? ¿De qué habla?

Fui yo el encargado de explicárselo.

—Es el señor Pouropópulos, Jimmy, uno de los vecinos de Kid Ullman. Cuente lo que vio anteanoche, Pouropópulos.

El griego tragó saliva, sin apartar la mirada del joven, y empezó a decir:

—Anteanoche salí de mi casa para comprar una revista. Tuve que pasar a la otra acera y le vi a usted dentro de un coche.

—¡No es cierto! —Retrucó Jimmy, con ojos asustados.

—Sí, señor, era usted. Estoy completamente seguro. Lo vi a la luz del farol que había cerca. Estaba sentado al volante y fumaba. Se me quedó grabado porque miraba hacía mi casa. El coche de usted era un «Ford» modelo 1954, color negro. Invertí unos minutos en comprar la revista y en echar un rato de palique con mi amigo Smith, el vendedor, y cuando regresé, usted continuaba allí. Luego subí a mi casa y me puse a leer. Me acordaba de usted y de vez en cuando, me iba a la ventana. Siempre estaba allí. Hasta que una de las veces le vi que arrancaba y se iba detrás de un coche que había salido del otro lado de la acera, justo de delante de la puerta de mi casa.

El rostro de Jimmy había perdido color poco a poco, y de pronto, dio un grito de rabia y se arrojó sobre mí. Yo salté y le golpeé en el mentón. Para entonces, el teniente se había puesto en movimiento y lo agarraba de un brazo.

—¡Ya basta, Jones! —gritó Bergerac—. ¡Está usted detenido!

Al pobre le dio un ataque de histeria. Chillaba con todas sus fuerzas, repitiendo que le hubiera salido bien de no haber sido por aquel maldito mirón. Dos policías entraron en el despacho y se hicieron cargo de él a una señal de Bergerac.

Peggy Bartley estaba hundida en su asiento y yo me acerqué a ella.

—Lo siento, señorita Bartley —le dije, palmeándola un hombro.

—Más vale que haya sido así —murmuró—. Me asusta sólo pensar que podía haberme casado con el asesino de mi padre.

—¿Quiere que la acompañe a algún sitio?

—¡Oh, no, gracias! Se lo agradezco.

Se despidió apresuradamente de nosotros y se marchó. Entonces me di cuenta de que Gower O'Leary y Debbie se habían marchado también sin decir palabra. El teniente Bergerac se recostaba en la pared mordisqueando un cigarrillo.

—Al fin se salió con la suya —dijo.

Yo le sonreí y le hice un saludo con la mano.

—Gracias por la colaboración, teniente.

—Las gracias déselas a Pouropópulos. Lo vio todo. Si no, estaría usted más perdido que Dillinger.

Pouropópulos me miró un poco asustado, y, de pronto, dio

media vuelta y salió corriendo del despacho.

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó el teniente.

—Se lo diré, Bergerac. —Saqué el paquete de cigarrillos y encendí uno—. Pouropópulos no vio nada.

—¿Cómo dice? —inquirió Bergerac, apartándose de la pared.

—El griego se pasó la noche durmiendo.

—¿Entonces...? —Me miró con ojos estupefactos.

—Ya he dicho que todo era una simple hipótesis, teniente. Pero había algo cierto que yo he aprovechado y es que conocía el coche de Jones. Recuerde que lo quiso lanzar contra mí. Eso ha sido lo que más le ha impresionado. Pouropópulos le indicó la marca y el modelo. Yo insistí en que no olvidase citarlo. Para Jimmy Jones eso equivaldría a una prueba total. Celebro no haberme equivocado. Pero corra, teniente, y consiga una confesión. Pouropópulos no podría mentir ante un tribunal.

El teniente hizo una mueca, cogió el sombrero y se lo caló.

—No me ha gustado eso —exclamó, dirigiéndose hacia la puerta—. Aunque reconozco que no tenía usted otra salida. Ahora todo está claro. Kid Ullman quiso guardar en secreto lo de su hija, porque temía que Gower O'Leary la limpiase. Pero, naturalmente, la idea le fue imbuida por Jimmy Jones y él picó. ¡Qué gran muchacho ese Jimmy!

Yo le sonreí nuevamente y le dije:

—¿Qué me dice de Gower O'Leary?

—He cursado ya el oportuno informe a la Brigada de Narcóticos. Creo que va a tener un poco de jaleo con los muchachos del departamento del Tesoro. Tienen ganas de hincar el diente a alguien y apuesto cualquier cosa a que O'Leary

va a ser la próxima víctima. —Hizo una pausa y exclamó—: ¡Agentes de seguros! ¡Bah! ¡La peor gente que conozco!

Dio un manotazo al aire y se marchó, cerrando a sus espaldas.

Danny Singer me dirigió una mirada llena de comprensión.

—Enhorabuena, Scott. Lo ha hecho muy bien.

—Gracias —dije yo.

—¿Se quedará con nosotros?

—Creo que les he sido un poco infiel.

—Apuesto a que le duele. Yo también hice muchas locuras en mi

juventud. Pero siempre terminamos por sentar la cabeza. Éste es un buen momento para que usted empiece. No tiene que preocuparse por lo del recibo. Lo arreglaré para que todo vaya de primera.

—Le contestaré dentro de un rato por teléfono, jefe —le dije, y salí del despacho.

Entré como un ciclón en el despacho de Susan y la sorprendí perfilándose los labios.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde hay fuego? —preguntó sucesivamente.

Yo la arranqué de la silla y la senté en la mesa.

—¡Pero, Scott! —empezó a protestar.

—¿Qué hay de tu chico, Susan?

Me miró con sus enormes ojos. Sacó la punta de la lengua y la mordió.

—No hay tal chico, Scott. Nunca lo hubo.

Alargué el brazo, cogí el teléfono y pedí comunicación con Danny Singer. Cuando oí su voz al otro lado del cable, dije rápidamente:

—Propuesta aceptada, jefe.

Y colgué.

—Pero... ¿qué es lo que ocurre, Scott? —me preguntó Susan.

—Muchas cosas, pero la más importante es ésta.

La cogí por la cintura y la atraje hacia mí. Ella perdió el equilibrio, pero yo la recibí en mis brazos y nuestros labios se encontraron en el camino.

Ella runroneó y yo seguí besándola.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



